

CAPÍTULO 3. COGNICIÓN Y CATEGORIZACIÓN: UNA PERSPECTIVA SINCRÓNICA Y EVOLUTIVA

3.1) Cognición y categorización.

Categorizar es reconocer. La lengua es un conjunto de signos y nociones mediante los cuales se pone en correspondencia una imagen externa con una retroimagen almacenada en el cerebro. Categorizar, es decir, dar nombre individual y coyunturalmente, es la operación mental mediante la cual se conecta la imagen de un *realia* a una noción prototípica dentro del conjunto o inventario de signos/nociones que existen en una lengua. Un ente o un evento pueden ser visualizados, es decir, conceptualizados y categorizados de una única manera o de varias. La estructuración piramidal permite que una realidad pueda ser conceptualizada a diversas distancias. Así, un ente determinado puede ser visto bien como ‘animal’, bien como ‘perro’ o bien como ‘pequinés’. Además gracias a la estructura ‘translapacional’ de los lexicones, los *realia* eventos y acciones frecuentemente admiten múltiples categorizaciones ya que la propia naturaleza de una entidad y especialmente de una acción o suceso se presta a diversas perspectivas. Así, p.ej., si alguien coge un cigarro y lo acerca a un billete creando un agujero podemos decir que ha *quemado* el billete, que lo ha *perforado*, *atravesado* o *traspasado*, que lo ha *estropeado* o *destruido*, etc. Todo este conjunto de posibilidades son las opciones de conceptualización y categorización. Estas opciones se presentan de manera diferente en cada lengua según las características del diseño ‘cubricional’ lingüístico que una lengua posea sobre un dominio o subdominio ontológico determinado.

Si hay un *realia* tal que no se reconoce como uno de los prototipos almacenados, es decir, si algo no es p.ej. ni una piedra, ni una cuenta, ni un caramelo, ni una bola de alcanfor, etc., la lengua puede encontrar siempre una denominación genérica imprecisa que suministre una pista más o menos aproximada, como p.ej. ‘es una cosa pequeña,

redonda y blanca'; 'es como una bola'; 'es parecido a una piedrecita redonda'. Todas las lenguas poseen fórmulas estandarizadas para matizar la categorización. Estas fórmulas, llamadas en inglés *hedges*, revelan distinciones en el grado de pertenencia de un *realia* a una categoría determinada (Lakoff, 1987:138). En español podrían designarse *aproximadores* o *matizadores de categorialidad*, entendiéndose por tales fórmulas de expresión mediante las cuales se aproxima pero no se identifica un *realia* concreto con un signo preestablecido. Muchas de las operaciones categoriales que hacemos son metafóricas o aproximativas. Compárense los siguientes ejemplos:

- El ornitorrinco es *más o menos* un pato.
- Ese corredor es un *verdadero* gamo.
- Las antenas *vienen a ser como* los ojos y las manos de los insectos.

La categorización se realiza por una serie de principios de reconocimiento que afectan tanto a la *forma* del objeto como a la *interacción motora*, a la *función* y al *contexto*. El primer criterio de categorización es la **similitud de formas**. Los objetos o entes percibidos han de tener una forma o contorno aproximados. El cerebro es capaz de categorizar un objeto a pesar de estar en movimiento, a distancia o percibido desde muy diversas perspectivas. Un caballo y una bicicleta se reconocen fácilmente por la forma. Se espera que la imagen mental sea isomórfica con la apariencia de los miembros de una categoría. Aunque este isomorfismo está sujeto a unas determinadas posibilidades de variación según cada caso, es decir, según se trate de categorías más intensas o más extensas. Un segundo criterio es la **interacción motora**. Determinados atributos de los objetos sólo se perciben mediante una interacción personal con ellos. Así, características como el peso o la resistencia se comprueban mediante el tacto. El sabor de los objetos, que a veces es relevante, se comprueba mediante el gusto. Un tercer criterio de categorización es la **función**. Un objeto puede ser una 'muñeca' hasta que se le ve en acción y pasa a ser una 'marioneta'. Un cuarto criterio de categorización es la **contextualidad**. Los objetos percibidos pueden ser una cosa u otra dependiendo del sitio dónde se ubiquen. Un amasijo de hierros puede ser una 'escultura' en un museo o un 'trozo de chatarra' en un garaje. Un recipiente de mimbre junto a un escritorio es 'una papelería' y lleno de fruta es una 'cesta'.

Para la categorización de un *realia* concreto se emplean y procesan diferentes tipos de datos. Así p.ej. los *realia* de los dominios del color, sustancias, frutas, animales, artefactos y rasgos sociales exigen para su reconocimiento el empleo de diferentes sistemas de captación y el procesamiento de información relevante (Dahlgren, 1978:69).

TIPO DE TÉRMINO	TIPO DE RASGOS	EJEMPLO	
color	perceptual	ROJO	prototipo fisiológicamente basado
tipos naturales de sustancias	perceptual	AGUA	apariciencia, gusto
fruto	perceptual	NARANJA	color, forma, gusto
animal	perceptual, conducta típica, movimientos motores	PÁJARO	partes del cuerpo, forma, moción (vuela)
artefacto	perceptual, funcional, movimiento motor	SILLA	asiento, patas, uno se sienta en ello
rango social	función social, rasgos de conducta típicos	PROFESOR	educado, clase media

La categorización no es siempre una operación simple y directa, a veces se ha de realizar mediante un **baremo compensado** de atributos visuales, interaccionales, contextuales, etc. A este respecto puede servir como ejemplo el planteamiento que Wierzbicka (1985a) hace de la distinción entre ‘silla’, ‘sillón’ y ‘taburete’. La semántica estructural había pretendido establecer las distinciones partiendo de la existencia o privación de atributos tales como ‘brazos’, ‘respaldo’, etc., sin embargo en un bar hay taburetes que tienen respaldo e incluso brazos, y también existen sillones sin brazos. Al categorizar se evalúan otros rasgos como ‘comodidad’, ‘amplitud’, etc., antes de emitir el *veredicto categorial* y decidir si un objeto es un sillón, una silla, un taburete o quizá los tres. Las realidades son más o menos típicas o atípicas respecto al modelo mental que se tiene de ellas, cuestión que ha sido estudiada en la ‘teoría de los prototipos’.

La categorización es una actividad humana en la cual se educan y adiestran a los niños para que puedan aprender los hábitos categoriales de sus mayores. Los niños nacen con una curiosidad general, con una gran capacidad asociativa que hay que afinar y dirigir a fin de que perciban y busquen en las realidades del entorno aquellos rasgos que son pertinentes en su lengua materna. Estos rasgos pueden variar de una lengua a otras. En español y en inglés objetos como ‘sillas plegables’ (*folding chairs*) se consideran sillas mientras que la ‘mecedora’ es silla para los ingleses (*rocking chair*), pero no para

los españoles que consideran las mecedoras como un variedad de asiento independiente de la silla y del sillón. Asimismo la categorización hay que entenderla como un proceso a veces muy complejo. Se supone que a las categorías básicas se llega inmediatamente y a partir de ellas se generaliza o se afina, es decir, lo normal es que una persona categorice una determinada realidad como ‘perro’ y posteriormente lo englobe en una categoría más genérica ‘animal, ‘ser vivo’, o bien más concreta: ‘galgo’, ‘galgo irlandés’. Naturalmente tales procesos de categorización varían dependiendo de la nitidez perceptual (fundamentalmente visión) que tenga en ese momento el hablante y también de su educación y cultura, es decir, de su familiaridad con los objetos y seres categorizados. En la categorización siempre hay un margen de error. Un niño puede preguntarle a un bañista por qué se pone chicle en las orejas. La categorización que el niño hace del tapón de cera la realiza por la forma y el color que asocia a la bola del chicle rosado que le es familiar. A la capacidad de categorización se llega de manera gradual. Incluso la categorización que las personas adultas hacen del entorno es una categorización ‘humana’, viciada por desconocimiento y prejuicios. El hombre actúa sobre su entorno no con un conocimiento total sino con un conocimiento parcial y limitado. Sus conceptos aunque contengan datos como color, forma, peso, vitalidad, peligrosidad, etc., a menudo están distorsionados por prejuicios. Para una persona normal multitud de comidas y animales son repugnantes. Muchos animales se consideran peligrosos cuando en realidad no lo son. Sin embargo con estos conceptos, sólo en parte fidedignos, las personas consiguen un nivel de interacción suficientemente eficaz y operativa con el medio. Las personas construyen sus conceptos en parte basados en su propia experiencia y en parte asumiendo los prejuicios de una colectividad. Según Apresjan (1972) la designación para cuervo en ruso (*voron*) y por tanto el concepto de cuervo está firmemente ligado a lo negro, siniestro y omnívoro. Estas nociones se adquieren en parte a través de fraseologismos tales como *karkat kak voron* ‘croar como un cuervo’; *tsvet voronova kryla* ‘el color del ala de un cuervo’ (muy negro); *sletielis kak vorony na padal* ‘se lanzaron sobre él como cuervos sobre la carroña’, etc. Los hablantes con sus conceptos integrados en el lexicón mental no consiguen una visión objetiva del mundo, muy al contrario lo que predomina son los valores ingenuos en los que se mezclan desconocimiento y prejuicio.

La educación categorial significa poder asociar y discernir atributos y características de los seres de nuestro entorno. Este aprendizaje implica una progresiva complejidad en el conocimiento del mundo. Por otra parte, en la naturaleza suele ser frecuente la coocurrencia de atributos, lo cual facilita el reconocimiento. Así ‘las alas y las plumas’ suelen ser atributos coocurrentes en la vida animal (con excepciones como la del murciélago y los insectos que se caracterizan por su menor tamaño). ‘Alas’ y ‘plumas’ son un doble rasgo que facilita el reconocimiento y categorización de pájaros y aves. Naturalmente ningún criterio es absoluto; así, el colibrí se clasifica en muchas lenguas

dentro del grupo de los insectos en lugar de en el grupo de las aves a causa de su minúsculo tamaño. Categorizar es una operación que los seres humanos realizan tanto gracias a un aprendizaje del léxico (ontogénesis) como a la existencia de un elaborado sistema de signos que es el resultado de la evolución de quizá decenas de miles de años (filogénesis).

3.2) Ontogénesis y filogénesis del léxico.

La construcción y organización de un léxico mental parte de unos principios cognitivos generales. El primero es que, dada la extraordinaria velocidad con que los niños aprenden palabras en la etapa que va desde el primer hasta el séptimo año, sólo cabe concluir que tienen una disposición natural heredada para hacerlo y que el aprendizaje del léxico sigue un sistema de pautas regulares. Un niño con siete años conoce casi 15.000 palabras, aunque no de forma total, es decir no como los adultos con todas las acepciones y sutilezas. Otro principio evidente es que, en los primeros años de aprendizaje de la lengua, la adquisición de un término, dentro de un dominio conceptual determinado, obliga en muchos casos a la *hiperextensión* o *hipergeneralización* del ámbito de dicho término, o lo que es lo mismo, este término se desborda a diferentes categorías establecidas dentro del mismo dominio por distintos lexemas que el niño aún desconoce. Las claves de la hiperextensión pueden ser diversas. Un niño puede usar la palabra *guagua* que emplea para su perrito para otras cosas que se muevan como gatos, pájaros, etc. En otros casos la utilizará para designar cosas lanosas y peludas como abrigos, zapatillas forradas, etc. En la amplia bibliografía existente sobre el tema se cita al niño que aplicaba la palabra 'mosca' a pequeños insectos, motas de suciedad, migajas de pan etc. Otro aplicaba la palabra 'luna' a objetos redondos como pasteles, la letra 'o', etc. El niño sigue en esto una tendencia natural a encontrar soluciones simbólicas a aquellas realidades para las que no tiene denominación. La solución la encuentra en la aplicación extensiva de términos a realidades similares según algún criterio ('movimiento', como en perro y pájaro; 'sensación táctil', como en la piel lanosa; 'pequeñez', como en la mosca; 'curvatura' como en la luna y tartas). Estos criterios son ejemplos de claves de categorización, y son tanto más significativos cuanto que muchas lenguas usan criterios semejantes para agrupar y clasificar las realidades y los signos que denotan tales realidades. En algunos casos el niño capta las diferencias ontológicas entre seres a los que denomina de la misma manera ya que es capaz p.ej. de representarlos gráficamente de manera distinta. Mediante el método de 'prueba y error' y mediante la constante corrección por parte de los adultos, la *palabra hiperextensa* es sometida posteriormente a restricciones graduales en su ámbito conforme se produce la introducción de nuevos términos que limitan el campo de aplicación de las palabras ya adquiridas dentro del dominio conceptual en cuestión.

Otra operación semántica frecuente entre los niños es la **hipoextensión**. El niño piensa que ‘perro’ es sólo su perro o ‘pelota’ sólo la pelota que tiene en su cesta de juguetes. La hipoextensión es un fenómeno usual a lo largo del aprendizaje de los términos, especialmente de los más genéricos. Los hablantes tienden a pensar en categorías generales como mamífero o fruta pensando en los miembros más centrales de la categoría.

Existen una serie de dominios léxicos que tienden a poseer una estructura eminentemente vertical; se encuentran dentro de este tipo de dominios léxicos fundamentalmente los animales y las plantas. Otros dominios léxicos tienden a poseer una estructura horizontal, es decir, que las relaciones entre un nivel básico de categorización y los niveles superordinados y subordinados son muy simples y están poco desarrolladas. Entre estos dominios se cuentan los colores, herramientas, instrumentos, muebles, vestidos, vehículos, etc., todos ellos presentan un carácter más discutible en su estructuración. De hecho, los únicos conjuntos que generalmente se admite que están realmente estructurados como jerarquías etnobiológicas son animales y plantas.

El proceso ontogénico de adquisición del léxico ha sido ampliamente estudiado a partir de los trabajos clásicos de Decroly y Degand (1913) y de Stern y Stern (1928). Clark (1978:37) ofrece un ejemplo del aprendizaje de palabras para designar animales en un niño de habla inglesa. En un principio una palabra onomatopéyica *bow-wow* (equivalente a *guau-guau* en español) sirve para designar a perros, vacas, ovejas, caballos y gatos. Posteriormente aparece la palabra *moo* para las vacas y en estadios sucesivos se van incorporando otros signos onomatopéyicos o discretos (*horsie*, *doggie*, *kitty*) mediante los cuales el conjunto de los *realia* de los animales del entorno del niño se escinde hasta producir un panorama aproximado al de los adultos:

<i>bow-wow</i> (dogs, cows, sheep, horses, cats)				
<i>bow-wow</i> (dogs, sheep, horses, cats)			moo	
<i>bow-wow</i> (dogs, sheep, cats)		gee-gee	moo	
<i>bow-wow/doggie</i> (dogs, cats)	baa	geegee/horsie	moo	
doggie	kitty	baa-lamb	gee-gee/horsie	moo

Los mecanismos de adquisición del léxico parecen funcionar ineludiblemente siguiendo este patrón cognitivo. De hecho, uno de los fenómenos más extendidos que se observa en la utilización del lenguaje a edades tempranas es cómo el niño utiliza los pocos recursos léxicos que posee aplicándolos a un rango de realidades bastante amplio;

el niño tiene una capacidad espontánea de transferir los signos no sólo hacia nuevos miembros de cada clase sino también hacia miembros de otras clases (según la categorización de los adultos). En definitiva, se trata de estirar una piel sobre una gran superficie. Junto a estas restricciones en la cantidad, se producen también restricciones en el tipo de vocabulario básico que se maneja en los primeros años de aprendizaje del lenguaje (Clark, 1978:35).

A partir del nivel básico de adquisición y utilización del léxico, los niños son capaces de construir nuevos dominios léxicos y desarrollar estos y los ya existentes siguiendo las mismas premisas que los adultos. Sin embargo, como han mostrado autores como Berlin (1972) y Berlin, Breedlove y Raven (1966, 1973), no todos los dominios léxicos poseen la misma estructura interna y, p.ej., en el caso de dominios léxicos que contienen sustantivos para categorías de objetos suele darse un tipo de estructura típicamente *horizontal* (Clark, 1978:35). En la estructura *horizontal* existe un nivel básico o genérico que posee la mayor parte de los contrastes entre elementos y es el semánticamente más rico desde el punto de vista relacional. Este nivel básico tiene una posición central en la jerarquía, con **niveles superordinados** de carácter más general y **niveles subordinados** más específicos. Algunos autores hablan de la existencia fundamentalmente de un máximo de cinco niveles, siendo el tercero el que corresponde al **nivel básico**. Desde el punto de vista cognitivo este nivel básico o genérico es el nivel en el que las categorías son realmente distintivas y donde se encuentran los **prototipos** o elementos centrales de categorización, a partir de los cuales se establecen como punto de partida las diferentes distinciones y profundizaciones taxonómicas. En el siguiente ejemplo 'perro' ocupa el nivel tercero o nivel básico:

1) *ser* → 2) *animal* → 3) *perro* → 4) *galgo* → 5) *whippet* (lebel irlandés) (y también en este quinto nivel *borzoi* (lebel ruso), *saluki* (lebel persa), *tazi* (lebel afgano) , etc.

La existencia de este nivel básico cognitivo de contraste y categorización es fundamental en la construcción del lexicon en los niños, quienes inicialmente se mueven solamente dentro de este nivel básico de categorización para extenderlo posteriormente a otros niveles. Según Clark (1978: 36) los niños organizan, desde el mismo comienzo de su aprendizaje lingüístico, sus palabras-conceptos en taxonomías con estructura horizontal, comenzando con los contrastes en el nivel básico o genérico y sólo añadiendo posteriormente unos cuantos términos superordinados y subordinados.

Uno de los dominios léxicos básicos adquiridos por los niños es el de los nombres de animales, especialmente los animales domésticos y los pertenecientes al entorno más inmediato. La proyección de los diferentes elementos léxicos, en un principio poco numerosos, pasa de la hiperextensión a una mayor especialización provocada por un

aumento del número de lexemas. Así, en un primer momento palabras como *gato* o *perro* se aplican con una especificidad tal que cumplen el papel de nombres propios y sólo identifican al animal doméstico de la familia. El siguiente paso es aplicar dichos términos a animales que no pertenecen al entorno familiar. Esta aplicación puede hacerse con los mismos criterios que los mayores o con distintos criterios. Los mayores utilizan la misma palabra ‘perro’ para una variedad enorme de animales que se diferencian en forma y tamaño. La categorización de los mayores es una categorización educada. Un niño puede pasar la designación de ‘perro’ a una cabra porque objetivamente hay más homología morfológica entre ambos que entre un chihuahua y un samoyedo.

Hasta que se produce la entrada de nuevos elementos dentro del dominio léxico las necesidades de designación provocan fenómenos de hiperextensión, es decir, de transferencia espontánea de signos a nuevos tipos de referentes, de tal manera que los niños aplican términos como ‘gato’ o ‘perro’ a una gran cantidad de animales que, a nivel cognitivo, son asociados por el niño con el referente original del término. Esta asociación no es realmente caprichosa sino que se basa en un conjunto estructurado de diferentes factores perceptuales y cognitivos, fundamentalmente la comparación de formas y texturas que conforman esquemas cognitivos básicos utilizados para discernir la aplicación o no de un término a una realidad determinada (Bowerman, 1976, 1978b; Clark, 1974; Rosch y Mervis, 1975). Con el aumento del caudal léxico se produce una restricción en cuanto a las posibilidades de hiperextensión de las palabras puesto que en esa fase se añaden nuevas palabras a los diferentes dominios léxicos.

El proceso general de la formación de dominios léxicos organizados taxonómicamente es el siguiente: en primer lugar se adquieren los términos que pertenecen al **nivel básico** de categorización cognitiva. Posteriormente se comienzan a añadir una serie de niveles subordinados y superordinados. Entre la estructuración léxica del niño y del adulto existen inicialmente radicales diferencias que poco a poco se van nivelando hasta igualarse (Clark y Clark, 1977; Smith, 1978; Rosch et al., 1976).

El panorama cambia por completo cuando se trata de la organización léxica de elementos relacionales, es decir, aquellos que designan una relación entre dos o más entidades por medio de procesos o acciones, fundamentalmente los verbos. Existen diferencias importantes entre la relación semántica más frecuente que se establece entre sustantivos (*hiponimia*) y la que se establece entre verbos (*troponimia*) (Miller y Fellbaum, 1992). Estas diferencias a nivel semántico se encuentran también en la organización del lexicón. La organización de estos dominios léxicos relacionales posee una estructura dominada por el contraste vertical, existiendo mínimos contrastes en el nivel básico de categorización. En dominios léxicos con una organización de carácter

marcadamente vertical, la adquisición de los términos se realiza desde los más simples a los más complejos, entendiéndose por complejidad la existencia de un número mayor o menor de condiciones y restricciones de uso en una forma verbal. Por ejemplo, en todos los tropónimos del verbo *hablar* (*chillar, gritar, mascullar, susurrar*, etc.), a pesar de que argumentalmente requieren la misma estructura, encontramos unas restricciones de uso adecuadas a una situación determinada, de tal manera que todos los miembros de la jerarquía contrastan los unos con los otros según los diferentes componentes compartidos o no (Clark, 1978: 39).

Existen otros dominios léxicos verticalmente estructurados que han merecido una especial atención por parte de los investigadores, sobre todo desde el punto de vista de su adquisición, como es el caso de los términos espaciales (Clark, 1978; Clark y Clark, 1977; Wilcox y Palermo, 1974; Cook, 1978), temporales (Clark, 1970, 1971; Ferreiro, 1971; Keller-Cohen, 1975), los deícticos (Clark, 1978) y los términos de parentesco (Haviland y Clark, 1974). En todos ellos, el patrón de adquisición es siempre el mismo, basado en la complejidad y en el número y tipo de restricciones de uso aplicadas a los términos, a diferencia de los dominios léxicos organizados horizontalmente en los que el orden de adquisición de términos resulta aparentemente más anárquico pues no existe una considerable diferencia de complejidad entre los elementos en el nivel básico de categorización. Por ejemplo, en el caso de los adjetivos temporales, los niños tienden a adquirir primero aquellas palabras que relacionan directamente un evento con un momento determinado (*ahora, hoy, ayer*) para pasar después al establecimiento de relaciones entre dos eventos (*antes, después*) y, finalmente, de diferentes eventos a un momento determinado (*mientras, en el tiempo en que*).

3.3) Categorías y prototipos.

3.3.1) Teoría de los prototipos. Saliencia prototípica.

La *teoría de los prototipos* de Eleanor Rosch es una revisión del concepto clásico de *categoría*. La teoría clásica sobre las categorías definen estas en términos de las propiedades comunes que comparten los miembros de dicha categoría. Parece comprobado que a menudo categorizamos los elementos de la realidad siguiendo este principio. Sin embargo, gracias a las investigaciones experimentales realizadas en el ámbito de la ciencia cognitiva en los últimos treinta años, ha quedado de manifiesto que la **categorización** es bastante más compleja de que lo que refleja la teoría aristotélica clásica. El problema inicial del estudio de la categorización es que se trata de un fenómeno básico en nuestra vida cotidiana, en nuestra percepción del mundo que nos

rodea y en la comunicación humana. Todo lo que percibimos lo percibimos categorizado, predefinido y unido a una clase, a una categoría determinada (p.ej. tal realidad es una 'cabeza', tal actividad es 'correr', etc.). La operación de subsumir una variedad de *realia* bajo un signo determinado puede ser más o menos difícil de explicar para el psicólogo y el lingüista. Esta dificultad no parece reflejarse en el hablante ya que la categorización es, en la mayoría de los casos, un acto inconsciente y automático. De hecho, los hablantes están tan habituados a categorizar constantemente que llegan a pensar que sus categorizaciones, realizadas a un nivel mental, se ajustan perfectamente y de manera natural a las clases de elementos que componen la realidad.

Hasta Wittgenstein las categorías han sido esencialmente consideradas como depósitos de carácter abstracto definidos por una serie de propiedades. Cualquier elemento perteneciente a una determinada categoría debe poseer estas propiedades que todos los demás miembros de la categoría también poseen. El problema de la teoría aristotélica clásica de la categorización es que surge de una posición apriorística que, como después se ha constatado, no se ajusta en muchos casos al funcionamiento real del lenguaje.

Los cambios principales en la teoría clásica de la categorización surgen con la obra pionera de la psicóloga Eleanor Rosch (1972, 1973, 1975a, 1975b, 1978, 1981) y su introducción de la noción de *prototipo*. Como se ha indicado, la teoría clásica de la categorización presentaba algunos problemas: el primero de ellos es el de la aparente igualdad de todos los miembros de una categoría a la hora de definirla; es decir, si todos los miembros de una categoría poseen las mismas características definidoras de dicha categoría, resulta imposible establecer qué miembro de dicha categoría la representa mejor (o lo que es lo mismo, cuál es el más saliente). El segundo problema es el hecho de que una categoría abstracta esté definida por una serie de propiedades inherentes, lo que deja a un lado la posibilidad de introducir variables fundamentales dentro del proceso de categorización, como las que representa nuestra propia morfología y biología, el movimiento del cuerpo, las especificidades de nuestras capacidades cognitivas, etc.

El trabajo de Eleanor Rosch se basa precisamente en partir del supuesto de que dentro de cada categoría se pueden encontrar ejemplos prototípicos, definidores de toda la categoría (*prototipos*) y que las capacidades específicas del ser humano, sus limitaciones, etc., juegan un papel fundamental en el proceso de categorización. Los primeros estudios sobre la categorización realizados por Rosch se centraron en el color (1972). Rosch analizó las investigaciones realizadas por Berlin y Kay (1969) sobre los términos para colores en diferentes lenguas del mundo y encontró una serie de hechos sorprendentes en las indagaciones que estos dos investigadores realizaron sobre la lengua

dani de Nueva Guinea. En esta lengua sólo existen dos categorías básicas de color: *mili* ('oscuro-frío' incluyendo nuestro *negro*, *verde* y también *azul*) y *mola* ('claro-caliente', incluyendo nuestras categorías *blanco*, *amarillo* y *rojo*). La noción de **color focal** dentro de las investigaciones de Berlin y Kay remite a la existencia de ejemplos prototípicos dentro de las categorías de colores. Rosch descubrió que los hablantes de dani, al ser preguntados sobre ejemplos prototípicos para cada una de sus categorías de color, elegían colores focales como *amarillo*, *blanco* y *rojo* para referirse a *mili*. La experiencia con los hablantes de dani sirvió también para contrastar la validez de la *hipótesis Sapir-Whorf* según la cual la lengua determina esencialmente nuestra experiencia y percepción del mundo. Los hablantes dani no tuvieron ningún problema a la hora de aprender nuevos términos para color y 'vincularlos' a una realidad determinada. Este hecho demostró que el lenguaje no tiene el poder de imponer una determinación total sobre la visión y captación del mundo, aunque sí puede influir y enfatizar una determinada visión que se transmite mediante la organización conceptual que es toda lengua.

Existen algunas propuestas teóricas y epistemológicas desarrolladas por diversos autores a partir de las cuales la propuesta de Rosch ha evolucionado. Entre estas nociones están las siguientes: *parecido familiar*, *centralidad*, *polisemia como categorización*, *gradación de pertenencia*, *gradación de centralidad*, *incorporación conceptual*, *incorporación funcional*, *categorización de nivel básico* y *primacía de nivel básico*.

La noción de **parecido familiar** está relacionada con el filósofo alemán Ludwig Wittgenstein. Este, en su obra *Philosophical Investigations* (1953), fue el primero en llevar a cabo una revisión en profundidad de las bases teóricas del modelo clásico de categorización. En el modelo clásico de categorización se presuponía que el lenguaje reflejaba la constitución del mundo real. El principal problema que Wittgenstein observó en la teoría clásica era el de la existencia de una serie de propiedades comunes a todos los miembros de una categoría que, por extensión, son definidoras de dicha categoría. Para Wittgenstein, son numerosas las categorías que no se ajustan a dicho modelo, siendo la heterogeneidad el rasgo dominante (Wittgenstein utiliza para ejemplificar este problema la categoría de *juego*). Es un hecho incontrovertible que las categorías existen a nivel cognitivo, pero lo que ya no es tan evidente es cuáles son los criterios que se utilizan para llevar a cabo dicha categorización. Aquí es donde se introduce lo que Wittgenstein llama *parecidos familiares* o *de familia*; la unión de determinados conceptos bajo una determinada categoría establece un vínculo difuso similar al que se establece entre los miembros de una familia, que suelen mostrar ciertos parecidos puntuales pero que no están definidos necesariamente por un conjunto determinado de propiedades que todos hayan de poseer de manera inequívoca. De la misma manera,

afirma Wittgenstein, los elementos de la categoría *juego*, p.ej., son similares los unos a los otros de diferentes maneras, siguiendo diferentes criterios, pero nunca se encontrará un conjunto exclusivo de propiedades o una propiedad compartidas absolutamente por todos los miembros de la categoría *juego*. El concepto de *parecido familiar* está relacionado además con el de *límites extensibles*: las categorías se establecen normalmente siguiendo unas reglas convencionales pero no pueden ser limitadas de una manera natural y, en la mayoría de los casos, su ampliación depende de unas necesidades y finalidades particulares.

La noción de **centralidad** está opuesta a la uniformidad categorial de la teoría clásica. En este sentido, para Wittgenstein existen elementos dentro de una categoría más centrales que otros (lo cual se puede comprobar con una simple encuesta para los hablantes de la lengua o lenguas tratadas) y esta es una idea que, p.ej., se refleja de manera clara en las definiciones de los diccionarios. Se suele asumir que en la mayoría de los casos la primera definición que ofrece un diccionario es la que corresponde al miembro más central de la categoría a nivel cognitivo. Así, p.ej., respecto al verbo ‘abrir’ el DRAE ofrece en primer lugar la idea de ‘dejar algo al descubierto’, mientras que ningún diccionario ofrece para ocupar esa primera posición la acción de ‘abrir’ aplicada a una lata de conservas¹¹. Lakoff resume así la idea de la *centralidad*:

“El hecho de que pueda haber buenos y malos ejemplos de una categoría es algo que no se contempla en la teoría clásica. Sin embargo la estructura que subyace a la “bondad del ejemplo” es algo que necesita explicación” (1987:17)

La noción de *centralidad* despertó de inmediato el interés de semánticos y lexicógrafos. Austin (1961) fue uno de los primeros en aplicar las nuevas teorías sobre la categorización al estudio del significado de las palabras, idea que con los años ha llegado a ser el núcleo principal de la semántica cognitiva. Austin abordó la cuestión de por qué utilizamos una misma palabra para nombrar diferentes cosas (acciones, objetos, etc.) y creyó resolver el problema basándose en el principio de que, al igual que hay categorías a nivel conceptual, los diferentes sentidos o acepciones de una palabra se organizan en una categoría en la que algunos de esos sentidos son más *centrales* que otros. Es decir, existe una relación de *parecido familiar* entre los diferentes sentidos (o significados) de una palabra al conformar estos una categoría determinada, sin que tengan que poseer necesariamente un conjunto de propiedades en común que los definan

11) En la definición del DRAE de ‘abrir’ encontramos como primera definición: ‘descubrir o hacer patente lo que está cerrado u oculto’, poniendo como ejemplos *abrir una casa y abrir un aposento*. En María Moliner encontramos la siguiente primera definición de ‘abrir’: ‘separar una cosa que está tapando una abertura, para que ésta quede libre’, poniendo como ejemplos *abrir la puerta, la tapa*.

a todos. Este fenómeno es conocido con la expresión *polisemia como categorización*. Son precisamente esas relaciones de ‘carácter familiar’ las que hacen que los diferentes sentidos sean vistos como constituyentes de una misma categoría y explican en parte por qué son designados mediante el mismo término. Austin, además, aclara que las relaciones entre los diferentes sentidos de un término se establecen de acuerdo con una conexión de carácter metonímico: dentro de la organización categorial existe lo que Austin llama *sentido primario nuclear*, que correspondería al *prototipo* en la moderna teoría de la categorización, parte del cual es contenido en el resto de los sentidos pertenecientes a elementos de la misma *categoría*. Austin utiliza como ejemplo el término inglés *healthy*:

“El adjetivo *healthy* ‘saludable, sano’ cuando hablo de un ‘cuerpo sano’ o de un ‘aspecto saludable’ o de un ‘ejercicio saludable’. La palabra no sólo está siendo usada equívocamente...existe lo que podemos llamar un ‘sentido nuclear primario’ de ‘saludable’ que se usa en ‘un cuerpo sano’: yo llamo a esto ‘nuclear’ porque se contiene como una parte en los otros dos sentidos que pueden exponerse como ‘productores de cuerpos sanos’ y ‘resultados del cuerpo sano’”(Austin, 1961:71).

Al señalar la existencia de una serie de sentidos diferentes, relacionados entre sí mediante un mecanismo fundamentalmente metonímico, Austin sugiere realmente que esos mecanismos de relación son psicológicamente reales. Las consideraciones de Austin sobre las relaciones entre los diferentes sentidos que conforman polisémicamente el significado de un término concreto se extienden también al ámbito de la *metáfora*, como en el caso de la palabra *foot* en inglés, que puede ser aplicada a su sentido primario nuclear (*pie* como parte del cuerpo) y, por extensión metafórica, a la parte más baja de una montaña o de una lista.

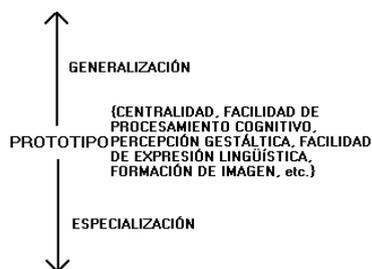
Otro concepto a tener en cuenta dentro de una teoría global de las categorías y de su relación con el estudio del significado es el de la **gradación de pertenencia**. Existen categorías en las que no existe simplemente la distribución tajante de pertenecer o no a dicha categoría sino que pueden establecerse posiciones intermedias. Está claro que dichas categorías están relacionadas con términos y conceptos que implican en sí mismo una **gradación de características** (*rico, pobre; listo, estúpido*, etc.). La conocida como *fuzzy set theory* (teoría de conjuntos difusos) (Zadeh, 1965) define precisamente la posibilidad de gradación de categorías cuando los valores de pertenencia a una categoría no son simplemente +/-, sino que se puede establecer una gradación de carácter *más o menos* discreto. Este sería el caso de *sacerdote* o *embarazada*, en los que se pertenece a dicha categoría o no, es decir, no hay término medio; se puede decir ‘María es un poco estúpida’ pero no se puede decir ‘María está un poco embarazada’.

En la teoría moderna de la categorización se destacan además dos conceptos: la **incorporación conceptual** y la **incorporación funcional**. Uno de los rasgos fundamentales que separan a la teoría moderna de la categorización de la clásica es la idea de que existe una dependencia entre nuestra manera de categorizar el mundo y nuestros condicionamientos biológicos, en palabras de Lakoff:

“La ideas de que las propiedades de ciertas categorías son consecuencia de las capacidades biológicas humanas y de la experiencia de funcionar en un entorno físico y social” (Lakoff, 1987:12).

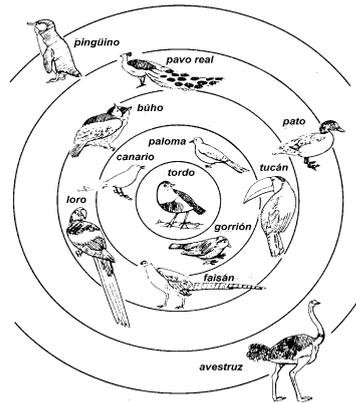
De esta manera, las categorías no son vistas como entidades abstractas que se ‘acoplan’ de manera apriorística a la realidad que percibimos, independientes de nuestras características como seres perceptores y biológicamente condicionados. En las categorías existen por tanto no solamente condicionamientos biológicos sino también culturales y medioambientales. El lenguaje está hecho por el hombre para el hombre y no para copiar y reflejar objetivamente la naturaleza.

Finalmente, la noción de prototipo está relacionada con las nociones de **categorización de nivel básico** y **primacía de nivel básico** que hacen referencia a la organización de los miembros de una categoría no siguiendo una jerarquía que va de los más general a lo más específico, sino siguiendo un esquema como el siguiente:



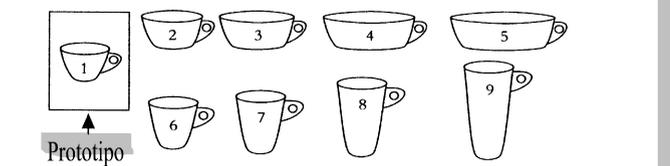
En este esquema, el elemento central o prototípico dentro de la categoría se conforma como el punto de referencia a nivel cognitivo, como el nivel básico de categorización a partir del cual se organizan el resto de los elementos, en un doble movimiento de *generalidad* y de *especificidad*. La primacía de este nivel básico de categorización conformado por el prototipo se basa en una serie de factores como es la percepción gestáltica y la facilidad de procesamiento cognitivo que son, al fin y al cabo, variables que determinan cuál es el miembro de la categoría que puede ocupar ese nivel de categorización básica. Una visualización de todas estas características del prototipo nos

la ofrece el ejemplo siguiente (adaptado de Aitchison, 1994: 54):



Saliencia (efecto saliencial)

Se entiende por *saliencia* de un significado léxico el conjunto de referentes (es decir, cosas referidas) que se consideran prototípicas en relación con dicho significado. Para establecer la saliencia de un significado se pueden utilizar diversos procedimientos. El más simple es el estadístico. Suscitar una palabra y pedir a una serie de hablantes que digan lo primero que les viene a la mente. Así, una palabra como 'herramienta' provocaría respuestas como *martillo*, *destornillador*, *alicates*, etc. Una palabra como 'postre' provocaría respuestas como *naranjas*, *plátanos*, *natillas*, *flan*, *fresas con nata*, *tarta de manzana*, etc. Otra manera de indagar la saliencia es la de mostrar una serie de fotos o dibujos y pedir a los encuestados que puntúen aquellos que responden mejor a la idea que tienen del significado de la palabra. Así, sobre palabras como 'taza', 'jarrón', 'falda', 'zapatos', 'jersey', 'moto', etc., se mostrarían una serie de variedades y de entre ellas se entresacarían aquellas sobre las que hubiera unanimidad entre los encuestados de que representaban mejor el significado ideal de la palabra. En el conocido experimento de Labov (1973) se utilizaron una serie de dibujos de objetos en forma de taza para que los hablantes indicaran cuál de los dibujos coincidía con la idea que ellos tenían de 'taza':



La saliencia la construyen los hablantes articulando varios criterios. El primero es el de frecuencia y familiaridad: existe un tipo de objeto cuyas características de forma, tamaño, etc., son más frecuentes en la mayoría de los *realia* designados con el mismo signo. El segundo criterio es el de abstracción. Para poder compaginar los diferentes objetos subsumidos bajo un signo se requiere un proceso mental de abstracción o simplificación a fin de extraer aquello que realmente es relevante y común a todos o al menos a la mayoría de ellos, descartando lo superfluo.

En el siguiente cuadro (adaptado de Rosch, 1975a:13) se muestran los tipos más salientes de diversas categorías según encuestas realizadas (los resultados varían según los países o zonas donde se realizan las encuestas, en unos lugares serían, por ejemplo, frutas más prototípicas el ‘mango’ y la ‘banana’ y en otros las ‘uvas’ o los ‘higos’):

Categoría					
Posición	PÁJARO	FRUTA	VEHÍCULO	MOBILIARIO	ARMA
Ocho primeros					
1	petirrojo	naranja	automóvil	silla	escopeta
2	gorrión	manzana	vagón	sofá	pistola
3	urraca	plátano	camión	diván	revólver
4	azulejo	melocotón	coche	mesa	ametralladora
5	canario	pera	autobús	butaca	rifle
6	mirlo	albaricoque	taxi	tocador	navaja automática
7	paloma	mandarina	jeep	mecedora	cuchillo
8	alondra	ciruela	ambulancia	mesita de café	daga
...					
Posiciones medias					
26	halcón	tangelo (tipo de mandarina)	metro	lámpara	látigo
27	cuervo	papaya	trailer	taburete	punzón para el hielo
28	jilguero	melón	carro	hamaca	honda
29	loro	higo	silla de ruedas	cajones	puños
30	lavandera	mango	yate	piano	hacha
...					

Cinco últimos					
51	avestruz	nuez	esquí	cuadro	pie
52	<i>titmouse</i> (‘ave de la familia de las <i>paridae</i>)	calabaza	patín	armario	coche
53	emú	aceituna	carretilla	florero	crystal
54	pingüino	encurtidos	tabla de surf	ventilador	destornillador
55	murciélago	squash (tipo de calabaza)	ascensor	teléfono	zapatos

3.3.2) Las distancias a las que se capta la realidad: los niveles de categorización.

Todo signo se configura o se diseña a una determinada ‘altura’ o ‘distancia’ sobre los dominios ontológicos, es decir, sobre los conjuntos de realidades, y este hecho determina su mayor o menor **extensión** e **intensión semánticas**. Resulta interesante comprobar que la mayoría de las lenguas conceptualizan la realidad en categorías organizadas jerárquicamente en cinco **niveles de categorización** o de **abstracción**, tales que una subcategoría a un nivel determinado siempre pertenece a la categoría del siguiente nivel superior y todas las categorías de un mismo nivel son mutuamente excluyentes (Berlin et al., 1973; E.V. Clark, 1978: 24-47; Lakoff, 1988: 133). Como ejemplo se muestra la siguiente estratificación en inglés:

1) *plant* → 2) *tree* → 3) *oak, birch, pine* → 4) *white pine, jack pine* → 5) *northern jack pine*

Esta jerarquización es de gran importancia para la captación taxonómica y ordenada del mundo. El lexicón se estructura como un mapa tridimensional (piramidal) que sirve a los hablantes para ordenar e integrar clasificatoriamente el universo. Por otra parte, los estudios psicológicos han demostrado que los conceptos prototípicos captados a distancia media (véase Rosch (1978), Lakoff (1987)) son captaciones universales congruentes con nuestra psicología y biología. Por esta razón, es mucho más importante la existencia de **nodos** o **lexemas superordinados** que cumplen una serie de funciones muy importantes tanto para el funcionamiento del lenguaje como para la visión del mundo de cada comunidad de hablantes. Un término superordinado agrupa taxonómicamente a los subordinados. Los términos superordinados significan además ideas generales, es decir, ideas que van más allá de lo sensible y lo inmediato. Suponen, por tanto, una perspectiva intelectual superior y más distante de la realidad. Dicho en

otras palabras, mediante los términos superordinados podemos manipular la realidad, teorizarla, enfrentarnos con ella desde una perspectiva más independiente e intelectualmente más ágil. Un pensamiento filosófico o científico presupone la existencia de una estructura piramidalmente organizada de lexemas-conceptos que ofrecen no sólo un reflejo fidedigno del universo sino que al mismo tiempo poseen numerosos lexemas superordinados que son vehículos de ideas generales y abstractas como instrumentos de un pensamiento racional y englobador.

Todo lexema se configura desde su nacimiento a determinada 'altura' o 'distancia' sobre un conjunto de realidades (según tendencias generales estudiadas por E.V. Clark, 1978: 24-47; Lakoff, 1988: 133), hecho que determina su mayor o menor extensión o intensidad. Sin embargo, aunque existen diferentes distancias desde las cuales puede captarse la realidad, hay un **nivel básico de categorización** que se caracteriza por los siguientes hechos:

1) es el nivel más alto en el que una simple imagen mental puede reflejar la categoría entera, es decir, los hablantes al pensar en la categoría obtienen una foto mental bastante detallada; 2) es el nivel en el que las personas identifican más rápidamente los miembros de la categoría; 3) es el nivel comprendido y usado en primer lugar por los niños; 4) es el nivel al que en el curso de la historia de la lengua entran por primera vez las palabras; 5) es el nivel en el que se organiza la mayor parte de nuestro conocimiento; 6) es el nivel que contiene los lexemas primarios más cortos; 7) es el nivel en el que los términos se usan en contextos neutros; 8) es el nivel más inclusivo en el cual las categorías pueden 'espejar' la estructura de los atributos percibidos en el mundo (Lakoff, 1987:269 y 370-373; 1988:133).

Las características señaladas indican que el nivel básico de categorización es el nivel en el que las personas funcionan con más eficiencia y éxito al tratar con las **discontinuidades del entorno natural**. (Lakoff, 1987:269). Asimismo, es el más inmediato; en este nivel se distinguen los 'perros' de las 'cabras', los 'tomates' de los 'pepinos', los 'lápices' de los 'bolígrafos', etc. Según Rosch (1978:30), el nivel básico es el nivel más inclusivo en el cual las categorías pueden **espejar** mejor la estructura de los atributos percibidos en el mundo. Por encima de las categorías básicas, es decir, en las categorías superordinadas, a las personas les cuesta trabajo o les es imposible crear una imagen mental. Así, categorías como los *muebles, herramientas, frutas*, etc., sólo pueden ser imaginadas con un surtido de elementos (sillas, mesas, armarios; alicates, martillos, destornilladores; melones, uvas, plátanos, etc.).

La importancia de las categorizaciones básicas radica en su contacto directo y eficaz con la realidad inmediata. Son instrumentos o herramientas de interacción con el entorno. Las palabras lexicalizadas a una distancia media o básica, ni muy distantes, ni

muy alejadas de la realidad, son p.ej. *perro, gato, hoja, árbol, mano, ojo, cabeza, río, montaña, nube, comer, beber, dormir, etc.* En lenguas de diferentes sociedades varía la distancia media; en algunas esta distancia es más alta que en español y en otras más baja, pero en conjunto la gran mayoría de las lenguas del mundo coincide en su distancia media con ligeras variantes.

Intelectualmente, la categorización a nivel medio determina el pensamiento de los hablantes ya que las auténticas herramientas del pensamiento son los términos abstractos generales y su hiponimia sobre un gran número de términos a nivel básico. Esto quiere decir que las categorizaciones intermedias con las que las personas operan e interactúan con el entorno son concretas frente a las categorizaciones de otros planos superiores en los que existe un nivel de abstracción más elevado y genérico. La razón es que para la supervivencia las sociedades primitivas en principio no necesitan ni hacer abstracciones, ni filosofar o crear complejos sistemas de reducción taxonómica del universo. En las sociedades primitivas, cuando existen términos muy amplios, es decir, de gran extensión semántica, casi siempre se corresponden con necesidades comunicativas excluyentes. Así por ejemplo, 'hierba', 'hierbajo', 'maleza' son términos genéricos muy abarcadores que surgen como oposición a todas las plantas útiles, alimenticias, farmacéuticas, etc. para el hombre. El concepto 'hierba' es un artefacto lingüístico cognitivo que abarca y se refiere a un gran segmento de los *realia* vegetales que no tiene interés directo económico y al que, por tanto, no merece prestarle mucha atención. En todas las lenguas existe este tipo de términos de descarte, dada su gran utilidad. En otros casos existen categorizaciones con un gran poder abarcador pero que suelen corresponder a nociones míticas e ideológicas. Tales nociones tienen un valor antropológico en cuanto que corresponden a esquemas de pensamiento y organización social.

En conclusión, la noción de prototipo, con todas las limitaciones que los críticos le han señalado, es una noción válida para explicar, al menos en parte, el funcionamiento mental de los lexemas, especialmente del tipo de palabras que conocemos como nombres sustantivos (existen nombres en las lenguas que en su semántica interna no son realmente nombres). Otras clases de palabras como son los verbos y adjetivos no parecen estructurarse tan claramente alrededor de un prototipo.

3.3.3) La Gestalt: figura y fondo.

La noción de gestalt fue desarrollada a principios del siglo XX por el psicólogo alemán Christian von Ehrenfels y otros de sus principales representantes son Max Wertheimer, Wolfgang Köhler y Kurt Koffka. Esta corriente psicológica tenía la finalidad de explicar la percepción holística. Los psicólogos de la Gestalt averiguaron

que había unas constantes en la percepción de la realidad. Algunos de los principios generales de percepción gestáltica son los siguientes (Ungerer y Schmid, 1996: 31-33):

- 1) **Principio de proximidad.** Elementos individuales entre los que medie una distancia pequeña serán percibidos como relacionados entre sí.
- 2) **Principio de similitud.** Elementos individuales que son similares tienden a ser percibidos como un segmento común.
- 3) **Principio de clausura.** La organización perceptual tiende a anclarse en figuras o imágenes cerradas.
- 4) **Principio de continuación.** Distintos elementos serán percibidos como un todo si presentan sólo unas pocas interrupciones.

La percepción gestáltica está relacionada con los mecanismos de categorización. La captación de la realidad forzosamente está prejuiciada por una captación prominencial, es decir, los hechos y las realidades no se captan de manera impasible sino enfocados según una serie de valores y de hábitos captanciales. Por eso, ante un accidente, es improbable que se diga 'El árbol fue golpeado por el coche', siendo más lógico y esperable 'El coche chocó contra el árbol'.

En diversas teorías lingüísticas contemporáneas se han utilizado conceptos gestálticos como **figura** (*figure*) y **fondo** (*ground*); **perfil** (*profile*) y **base** (*base*); **trayector** (*trajectory*) y **marca** (*landmark*) (Langacker, 1987). Estas nociones se han desarrollado para dar cuenta de la capacidad humana de desglosar dentro de un conjunto perceptual un elemento frente a una serie de otros elementos. Quizá los conceptos más accesibles son simplemente los de **figura** y **fondo**, empleados por lingüistas como Koffka (1961); Talmy (1983); López García (1989). La *figura* vendría a ser aquello que llama la atención del ojo (y/o del oído) dentro de un fondo. La figura puede ser tanto una cosa como un evento. El fondo proporciona el punto de referencia donde se inserta o mueve la figura. En general, las figuras son más vivas y están más claramente definidas, son más intensas y es más probable que estén en movimiento. Las figuras destacan sobre el fondo por sus rasgos salientes o prominentes. Según esto, se dirá 'el traje (figura) que está en el armario (fondo)' y no 'el armario que encierra el traje'. Aunque la diferenciación entre figura y fondo no es una distinción inerte e inmutable, ya que el hablante es un ser activo que enfoca y destaca un elemento cuando así le conviene, se dice 'la etiqueta de la botella' y también 'la botella de la etiqueta'. El juego de permutar fondo y figura se explica por razones tanto objetivas de la realidad como subjetivas de la comunicación. Las siguientes construcciones sirven para ejemplificar el fenómeno:

Figura	Fondo
<i>waxal ta mexa te baltie</i> estando EN mesa cubo 'El cubo está sobre la mesa'	<i>waxal ta balti ixim</i> estando EN cubo maíz 'El maíz están en el cubo'
<i>pachal ta mexa bojch</i> sentada EN mesa escudilla (de calabaza) 'La escudilla está sobre la mesa'	<i>pachal ta bojch te mantzanae</i> sentada EN escudilla la manzana 'La manzana está dentro de la escudilla'
<i>xojol ta sk'ab te spotzil sk'abe</i> insertado EN su mano la cobertura su mano (guante) 'El guante está insertado sobre su mano'	<i>xojol s-k'ab ta y-util ala tzajal tzotz</i> insertada su mano EN su dentro rojo hilo (guante) 'Su mano está dentro del guante'

Existen diversas elaboraciones de las nociones de *figura* y *fondo*. Las nociones de *perfil* y *base* fueron desarrolladas por Langacker (1987) y designan aspectos particulares de cómo la lengua simboliza la distribución de atención. Una lengua nunca puede designar todos los detalles del significado: las palabras o bien nombran un todo, dejando a los componentes implícitos, o bien evocan un componente y dejan a los otros componentes implícitos. En la oración '*El piel roja disparaba con su arco y el soldado con su fusil*', junto a los elementos explícitos (arco, fusil, etc.) hay otros implícitos como flechas, balas, etc. que son evocados mentalmente de manera automática. En el lenguaje hay una red de implicaciones ontológicas que proviene precisamente del conocimiento del mundo que tienen los hablantes. Estos saben, p.ej., que un radio implica la existencia de un círculo o de una rueda, que un hijo implica la existencia de padre, madre, abuelos, etc. (es decir, de una familia). Las nociones **trayector** y **referente** (*landmark*) son asimismo nociones elaboradas por Langacker (1987). Un *trayector* equivale *grosso modo* a una *figura*, aunque se resalta más la idea de movilidad.

Conjugando las aportaciones de la Gestalt con algunas nociones expuestas anteriormente tales como las de prototipo, nivel básico de categorización, etc., se obtiene el siguiente esquema de los mecanismos mediante los cuales ciertas parcelas de la realidad captadas pasan a constituirse en palabras- conceptos (Ungerer y Schmid, 1996: 98).

PARÁMETRO					
tipo de categoría	gestalt	atributos	estructura categorial	función	forma lingüística
categorías superordinadas	gestalt no común	uno o muy pocos atributos categoriales	estructura de 'parecido de familia'	función resaltadora y reunidora	palabras cortas aunque también palabras complejas morfológica- mente palabras cortas
categorías de nivel básico	gestalt común	gran número de atributos categoriales	estructura de prototipos	acceso natural al mundo	palabras cortas
categorías subordinadas	gestalt casi idéntica	gran cantidad de atributos categoriales; atributos específicos salienciales	alto grado de homogenei- dad entre los miembros de la categoría	función especifica- dora	a menudo, palabras morfológica- mente complejas

3.4) Indagaciones sobre los átomos del léxico. Problemas evidenciales y teóricos.

Una de las direcciones que se ha seguido en la búsqueda de las claves del diseño y estructura de los lenguajes naturales es la de la formación o composición elemental de los signos, es decir, la indagación sobre unos hipotéticos ingredientes básicos y puros del léxico y sobre sus posibles combinaciones. Tales estudios son, sin embargo, recientes y mirados con desconfianza por una gran parte de los estudiosos del lenguaje. Mientras que la ontogénesis de los signos ha sido profusamente estudiada (véase §3.2), los intentos de investigación de la filogénesis han sido recibidos desde hace décadas con escepticismo y falta de interés (Bickerton, 1981, 1990). Obviamente, mientras que la adquisición y desarrollo gradual de los signos que utiliza un niño es relativamente fácil de seguir, la filogénesis plantea el problema básico de la imposibilidad de acceso a la evidencia empírica (la reconstrucciones históricas apenas garantizan, en el mejor de los casos, unos miles de años y las lenguas de sociedades económicamente primitivas, p.ej. de Australia o Nueva Guinea, no pueden considerarse sin más modelos de lo que podrían ser las comunidades de nuestros antepasados hace 20.000 o 50.000 años).

Debido a esta falta de evidencia empírica, el tema del origen de las nociones básicas o signos primigenios del lenguaje humano puede volverse tan volátil y subjetivo como lo es la discusión sobre el origen del lenguaje. Las investigaciones sobre el origen del

léxico se han hallado durante décadas en descrédito, quizás en parte debido a ridículas y fantasiosas teorizaciones como la glotogénesis de A. Murray o la teoría jafética de N. Marr. Este motivo explica el desinterés o la desconfianza con los que muchos lingüistas han considerado y siguen considerando las especulaciones e indagaciones sobre el tema. Sin embargo, abordar la investigación de la filogénesis del léxico es importante para determinar algunas claves del diseño de los lenguajes naturales. Y asimismo lo es para fundamentar una teoría general evolutiva del léxico y determinar una estrategia investigadora de los universales y particulares del léxico.

Los altibajos que han sufrido las investigaciones sobre el origen del léxico y de la organización natural de los sistemas de signos se encuentran ligados en esta última mitad de siglo a los trabajos sobre semiótica general, zoosemiótica y, especialmente, sobre el lenguaje de los antropoides y sobre el aprendizaje del lenguaje en edad tardía por los llamados ‘niños-lobos’. Algunos éxitos iniciales en estas investigaciones despertaron en las últimas décadas la esperanza de conseguir avances sólidos en este campo. Por desgracia, tales investigaciones se hallan actualmente en una fase de estancamiento y recesión. Se ha constatado que los lenguajes de insectos, ballenas o delfines se encuentran demasiado alejados del lenguaje humano para que puedan ser útiles en la mejor comprensión de este. Algo parecido ocurre en relación con los estudios del lenguaje de los antropoides cuyos resultados hasta el presente han sido más que decepcionante. De hecho, hoy por hoy, existe un escepticismo generalizado de que en este campo puedan ocurrir avances espectaculares en un futuro inmediato (Gardner, R.B. y Gardner B.T, 1976).

A diferencia de las indagaciones sobre el origen del léxico, la investigación sobre el origen y desarrollo de otros componentes del lenguaje, como p.ej. la gramática, han merecido en general una mayor atención y respeto. Desde Bopp (1833) los estudios sobre el origen de las formas gramaticales y la evolución de la sintaxis de las lenguas han sido una preocupación de la que la mayoría de los lingüistas más significativos han participado en mayor o menor grado. En las últimas décadas, gracias a los estudios tipológicos, y a los estudios de pidgins y criollos, se ha avanzado en el estudio de las etapas evolutivas de la estructura gramatical de las lenguas y los procedimientos de autoformación de las gramáticas.

3.4.1) Primitivos semánticos y nociones universales.

Sin duda alguna, las lenguas que hoy día hablamos son herederas de otras lenguas que comenzaron a hablarse hace decenas, centenares de miles o quizás incluso (más improbable) millones de años. Establecer el puente que separa los sistemas de signos de los antropoides superiores, quizá con sólo doce o veinte signos básicos, de las lenguas actuales es una tarea que incluso siendo imposible, valdría la pena abordar por el mero

propósito intelectual de pensar y diseñar posibles procesos evolutivos que pudieran llevar a la constitución de los lenguajes naturales. Tales reconstrucciones, incluso teniendo la certeza de su absoluta artificialidad, nos aportarían profundidad y perspectiva en el conocimiento sobre muchos aspectos aún oscuros de la génesis y evolución estructural de los lenguajes naturales.

Aun entre los lingüistas más relativistas existe una tendencia a pensar que es imposible que en las diferentes lenguas del mundo no existan algunos conceptos que, si bien no exactamente iguales en su esfera semántica y en sus connotaciones, sí al menos en su núcleo sean fundamentalmente idénticos. En palabras de Fillmore (1978:157):

‘Probablemente en cada lengua es posible descubrir y aislar lo que podría ser llamado un vocabulario general o primario. Más o menos el tipo de vocabulario que corresponde al ‘Basic English’, es el vocabulario que es más fácilmente intertraducible en las lenguas del mundo’.

Naturalmente, a la hora de determinar cuáles pudieran ser estos conceptos primigenios, los lingüistas son reacios a comprometerse. Sin embargo, un repaso de los vocabularios de diferentes lenguas del mundo podría ofrecernos tentativamente (y sin poner la mano en el fuego en concreto por ninguno) una lista de posibles candidatos semejante a la siguiente :

agua, casa, mujer, comer, dolor, árbol, oír, hablar, ver, cabeza, enfadarse, grande, aquí, fuego, espina, beber, pie, portar, cielo, río, mano, luna, morir, verdad, cenizas, hombre, niño, humo, roca, espíritu, labio, montaña, caliente, odiar, cerrar, cubrir, pelo, oscuridad, noche, corazón, barro, miel, banana, etc.

Una conocida lista de nociones generales es la propuesta por Morris Swadesh (1955) que consta de 220 términos. Swadesh intentó conformar un vocabulario básico de utilidad para trabajos de campo y comparaciones interlingüísticas. Las palabras de la lista de Swadesh se pueden organizar en los siguientes grupos:

Personas y relaciones de parentesco: *niño, hermano, padre, marido, hombre, madre, gente, esposa, mujer.*

Partes del cuerpo: *espalda, estómago, huesos, oreja, ojo, pie, tripas, pelo, mano, cabeza, corazón, pierna, hígado, boca, cuello, nariz, piel, lengua, diente.*

Animales y partes: *animal, pájaro, perro, huevo, pluma, pescado, piojo, culebra, cola, ala, gusano.*

Plantas y frutos y partes: *corteza, flor, fruta, hierba, hoja, raíz, semilla, árbol.*

Cosas, sustancias y artefactos: cenizas, sangre, polvo, tierra, grasa, carne, cuerda, sal, arena, saliva, palo, piedra.

Fenómenos y actividades de la naturaleza: nube, frío, día, fuego, neblina, hielo, lago, cerro, noche, lluvia, río, camino, mar, cielo, humo, nieve, estrellas, sol, agua, viento, bosque, año.

Acciones: morder, soplar, respirar, quemar, venir, contar, cortar, morir, cavar, beber, comer, caer, pelearse, flotar, correr, volar, dar, oír, golpear, sostener, cazar, matar, saber, reír, acostarse, vivir, jugar, subir, empujar, frotar, decir, rascar, ver, coser, cantar, sentarse, dormirse, oler, hender, apretar, agujerear, pararse, chupar, hinchar, pensar, arrojar, atar, girar, vomitar, caminar, lavar.

Sensaciones y emociones: miedo, helarse.

Cualidades: malo, grande, negro, sucio, seco, embotado, bueno, verde, pesado, largo, angosto, nuevo, viejo, rojo, correcto, podrido, cortante, corto, pequeño, liso, recto, grueso, delgado, caliente, mojado, blanco, ancho, amarillo.

Palabras situacionales: lejos, aquí, izquierdo, cerca, derecha, allí.

Números: cinco, cuatro, uno, tres, dos.

Palabras gramaticales: todos, y, a, porque, poco, él, ¿cómo?, yo, si (condicional), en, mucho, no, otro, algunos, aquel, ellos, este, tú, nosotros, qué, cuándo, dónde, quién, con.

Otros: nombre.

La lista de Swadesh supuestamente tiene un carácter universal e intercultural, sin embargo tiene sólo una utilidad relativa puesto que las palabras que incluye no son realmente conceptos universales. La supuesta universalidad inicial se quebró pronto cuando se comprobó que en gran cantidad de lenguas del mundo no existen palabras diferentes para ‘mano’ y ‘brazo’ o ‘pierna’ y ‘pie’ (§ 4.2). En algunas lenguas como el nyawaygi (Dixon, 1980:104) faltan palabras generales para ‘sol’ o ‘luna’. Muchas de las palabras de la lista son englobadas por una única palabra en ciertas lenguas, así ‘corteza’ y ‘piel’ o ‘fuego’ y ‘humo’. Además, muchas nociones como por ejemplo ‘hermano’, ‘lavar’, ‘caminar’, suelen presentarse ‘troceadas’ en lexicalizaciones más específicas, como ‘hermano mayor’, ‘hermano menor’, ‘lavar personas’, ‘lavar ropa’, etc. Resulta indicativo, por otra parte, el conjunto de los registros de la palabra *nieve* en estudios sistemáticos sobre el léxico hechos con la ayuda de la lista de Swadesh. En el estudio de las lenguas indígenas de Colombia (González de Pérez y Rodríguez de Montes, 2000) la palabra ‘nieve’ es inexistente en la mayoría de las lenguas estudiadas. Así no aparece en las lenguas paez, inga, carijona, awa-pit, waunana, embera, wayuu, barí, yuko, sáliba, uitoto, koreguaje, muinane, etc. En ciertas áreas de Colombia existen montañas con nieve, especialmente en la zona de Santa Marta, y por ellos algunas lenguas tienen una palabra para designar la ‘nieve’. Así en guambiano existe la palabra *wajni*, en kogui *nu’abi* (préstamo(?), en curripaco *wiwiiwiri*, en piapoco *báawanama*. Resulta

especialmente interesante que algunas de las designaciones no son términos primarios sino secundarios. Así en siona ‘nieve’ es *ʔo'ko ga'daseʔ tōʔ ihī*, literalmente ‘el agua tiesa se cae’. En cualquier caso la lista de Swadesh es insuficiente porque su autor no intentó buscar los términos o conceptos comunes y fundamentales en todas las lenguas (para ello faltaría completar la lista con cientos o quizá miles de términos) ni tampoco los términos más primitivos, tan sólo intentó encontrar unas palabras básicas mediante las cuales hacer listas que sirvieran para comparaciones interlingüísticas y genéticas.

Sea cual sea la lista que se elabore con los candidatos a universales, es evidente que casi todos los hipotéticos candidatos resultan fácilmente desacreditables e invalidables al menos en alguna lengua del mundo. Así, p.ej., de la lista de Swadesh, en tok pisin ‘ceniza’ es *sit bilong paia* (lit. ‘excremento del fuego’) y ‘pelo’ es *gras bilong het* (lit. ‘la hierba de la cabeza’) (Verhaar, 1995).

El problema de elaborar cualquier lista de primitivos es, por tanto, que estudiados individualmente los términos propuestos parece que siempre es posible demostrar que existe una lengua dada en la cual dicho término no es primitivo (es decir, no es un término primario sino secundario, derivado de otros). Así, p.ej., *oír* y *ver* como tales no existen en kalam (Foley, 1986: 117), donde existe un verbo más genérico con el significado de ‘percibir’, con el cual y mediante un adjunto nominal se consiguen expresar otros conceptos: *wdn n* - ‘ojo percibir’ = ‘ver’, *tmwdn* - (‘percibir con el oído’= ‘oír), *mapnn* - (‘percibir con el hígado’= ‘lamentar’), y lo mismo ocurre para verbos como *comer* o *beber*.

A pesar de las enormes dificultades que se plantean alrededor del establecimiento de listas de términos o conceptos primigenios, la preocupación sobre los primigenios ha existido desde hace tiempo en un gran número de autores, especialmente en los investigadores de lenguas de pueblos que se hallan en un estado primitivo de desarrollo socioeconómico. La forma en que se ha planteado la cuestión de qué conceptos serían los más universales y los más primarios de entre los que se pueden encontrar actualmente en las lenguas puede ser por ejemplo la que hace William Foley, experto en las lenguas de Nueva Guinea, quien expone así la diferencia entre las palabras inglesas *rock* y *hit* (Foley, 1986:111):

“Permitaseme considerar un ejemplo concreto, la diferencia entre las palabras inglesas *rock* y *hit*. *Rock* es un nombre y se refiere, tal como suelen hacer los nombres, a un objeto del mundo. En este caso un objeto mineral, duro y sólido que se encuentra en el mundo natural. Como las rocas son objetos concretos, son aprehensibles fácilmente por nuestros sentidos; podemos verlas, tocarlas y si son

suficientemente pequeñas, manipularlas con nuestras manos. Más aún, son susceptibles a cambios de estado: pueden ser movidas, rotas, aplastadas o arrojadas. Finalmente, los límites entre lo que es una roca y lo que no lo es, están bastante definidos. Tanto en lo que respecta al espacio-entorno como a la diferencia con otros objetos. Podemos manipular una roca, podemos determinar sus límites en el espacio y teniendo en cuenta los rasgos de tales objetos (rocas) delimitados en el espacio, podemos diferenciarlos de otros objetos como por ejemplo ‘árboles’ o ‘madres’. Dadas todas estas propiedades de los objetos llamados ‘rocas’ y dados los mecanismos cognitivos y perceptuales humanos, parece posible garantizar que un sustantivo equivalente a ‘roca’ es una categoría que se encontrará en todas las lenguas. Esto no excluiría la existencia de otros nombres en una lengua para referirse a tipos de rocas tales como *boulder* (peñasco), *pebble* (china) y *stone* (piedra). Estos pueden o no encontrarse pero todas las lenguas tendrán el término nuclear ‘roca’ “(Foley, 1986:111).

Frente a *rock* como realidad concreta capaz de constituir una designación que se encuentre en los vocabularios de todas las lenguas, la palabra inglesa *hit*, según Foley, presenta una serie de rasgos que la hacen mucho más sospechosa en cuanto a su universalidad:

“La palabra inglesa *hit* denota una acción prototípica de un ser humano que levantando una mano y dirigiéndola a través del espacio hacia algún objeto produce un contacto enérgico con la superficie de ese objeto. Nótese que las acciones no son aprehensibles por nuestros sentidos de la misma manera que lo son los objetos: nosotros no podemos manipular una acción, de hecho ni siquiera podemos ver una acción. Todo lo que podemos ver de un acto de golpear son los participantes de la acción, la persona levantando su mano, moviéndola a través del espacio, tomando contacto con la superficie de un objeto y después retirándola de él. Obviamente no hay una acción unitaria real de golpear que pueda ser vista, sino más bien, algunos participantes involucrados en una serie de acciones que nosotros interpretamos como un acto unitario y designamos con la etiqueta *hit*. Estrechamente correlacionado con esta propiedad de las acciones está el hecho de que, a diferencia de los objetos, ellas (las acciones) no tienen límites discretos que las separen de otras acciones. Considérense las acciones descritas por los siguientes verbos de contacto ingleses: *touch* (tocar), *grab* (agarrar), *scratch* (arañar) y *slap* (abofetear). Todos ellos comparten muchos de los rasgos de *hit* pero también difieren en algunos. *Touch* contrasta con *hit* en que en *touch* el contacto no es enérgico. *Grab* contrasta con *hit* en que la mano no se retira del objeto contactado, sino que se cierra alrededor de él. *Scratch* añade el componente de que después de tomar contacto con el objeto, la mano se arrastra a lo largo de la superficie del objeto causando daños en esta.”

La drástica contraposición de la universalidad de *rock* a la particularidad de *hit* supone por parte del autor una sobrevaloración de las discontinuidades físicas objetivas como única posibilidad de hallar constantes de conceptualización y lexicalización. El enfoque del problema no puede hacerse sólo sobre la base de las discontinuidades físicas de la naturaleza porque el que conceptualiza es el ser humano, para quien sus necesidades y estímulos sensibles inmediatos pueden ser en ocasiones más importantes que la contemplación y reproducción fría y objetiva del entorno. El ‘espacio’ que captan y conceptualizan los humanos y sobre el que se establecen saltos y discontinuidades no es un espacio exclusivamente físico, sino un espacio multidimensional en el que se combinan coordenadas físicas y biológico- psicológicas. En realidad, *roca* o *pedra* no son captaciones y plasmaciones universales, como lo demuestra su inexistencia en algunas lenguas amerindias (Sapir [1929] 1949: 157-59). En cualquier caso, hay que estar de acuerdo con Foley en que una búsqueda de los conceptos más universales diferenciándolos de los menos universales es imprescindible tanto para la lingüística como para conocer la evolución del pensamiento humano.

En el campo de los estudios léxico-tipológicos y en la búsqueda de los universales léxicos son claves los trabajos de Wierzbicka y Goddard sobre los primitivos semánticos. Aunque la lista exacta de primitivos semánticos varía de unas publicaciones a otras, una lista suficientemente válida y significativa puede ser la de Wierzbicka (1992:223). En esta lista se incluyen:

sustantivos (sic): *yo, tú, alguien, algo, gente.*
determinantes y cuantificadores: *este, el mismo, dos, todo.*
predicados mentales: *querer, conocer, pensar, sentir, decir.*
agente, paciente: *hacer, ocurrir.*
evaluativos: *bueno, malo.*
descriptores: *grande, pequeño.*
intensificadores: *muy.*
modalidad y realidad: *poder, si.*
causación: *porque.*
negación: *no.*
tiempo y lugar: *cuando, donde, después, antes, arriba, debajo.*
taxonomía: *parte de, tipo de.*
prototipo: *como.*

En realidad, la propia Wierzbicka nunca ha postulado que estos primitivos semánticos correspondan exactamente a signos primigenios, sino a conceptos tan básicos que necesariamente tienen que existir en las diferentes lenguas del mundo. Los

primitivos semánticos tendrían la utilidad adicional de servir para descomponer otros significados lexicalizados más complejos. Wierzbicka hace hincapié en enfocar el valor de estos conceptos primitivos fundamentalmente por su utilidad en el trabajo semántico y lexicográfico. Es decir, como signos para descomponer otros signos. No obstante, se postula asimismo que los primitivos semánticos son nociones que deben de existir en todas las lenguas del mundo, lexicalizadas de diferentes maneras.

Así, el supuesto primitivo *pensar* en kayardild, (Evans, 1994:210) aparece lexicalizado, entre otras formas, por medio de dos términos: *bardakamarutha* (lit. ‘estómago-poner’) y *marralmarutha* (literalmente, ‘oído-poner’). Las dos formas hacen referencia a la actividad de ‘pensar sobre algo o alguien ausente’, pero la primera incluye un componente adicional de ‘desear estar junto a aquello de lo que se piensa’. En cambio, la segunda forma se utiliza con el sentido de una actividad de pensamiento con una determinada finalidad (por lo que en algunos contextos se puede traducir incluso por ‘recordar’).

El problema de la selección de aquellos conceptos o nociones que son universales, es decir, aquellas nociones que no son definibles y, por tanto, han de pertenecer al lexicón de todas las lenguas del mundo, se ha mostrado sumamente complejo. John Newman (1996), en un estudio sobre ‘dar’ (*give*), arguyó que el concepto de ‘dar’ es básico para la experiencia cognitiva humana, por lo que este verbo debe ser considerado como un verbo básico del lenguaje humano. Para probar esto, Newman investigó y aportó una gran cantidad de ejemplos en muchas lenguas del mundo que confirmarían su hipótesis. Wierzbicka, por el contrario, no incluyó a ‘dar’ en su conjunto de primitivos semánticos, basándose en el criterio de que ‘dar’ no es indefinible, o lo que es igual, que ‘dar’ puede ser descompuesto semánticamente. Estudios realizados en diferentes lenguas demuestran que, efectivamente, ‘dar’ no es un universal (§3.4.3).

Incluso dentro del sucinto inventario de primitivos semánticos propuesto por Wierzbicka algunos están siendo reconsiderados y han sido criticados. Así, *want* (‘querer’) es un supuesto primitivo semántico que representa una noción indefinible en inglés. Sin embargo, en amele, lengua de Papúa-Nueva Guinea, esta noción (‘querer’) se expresa por medio de una forma léxica compleja descomponible en partes. Así, ‘yo quiero comer’ se expresaría (Roberts, 1996: 28):

<i>Ija</i>	<i>j-ag-a</i>	<i>t-ena.</i>
1 SG	comer-2SG:SU-IMP	1 SG:DO-3SG:PRES

Se trata de una construcción verbal impersonal con un verbo imperativo incorporado. El verbo impersonal interconecta a 'yo' con el objeto directo como experimentador. Este verbo está también marcado con la tercera persona del singular (SuAgr) cuya referencia permanece anónima. El imperativo incorporado *jaga* 'tú (singular) comer' se dirige al experimentador. El tiempo presente, el modo imperativo, la concordancia con el sujeto (SuAgr) y con el complemento directo (ODAgr), así como tres diferentes categorías personales, se marcan todas en una forma verbal. De una manera vaga y lejanamente aproximada diríamos que en amele para decir 'yo quiero comer' se dice 'yo, come tú para mí'. De hecho, cualquier verbo en amele es complejo sintáctica y semánticamente. Todos los verbos tienen que subcategorizarse según los argumentos que puedan aceptar. Esta es una parte esencial de su significado. Así, el verbo *odoc* 'hacer' (otro de los primitivos semánticos de Wierzbicka) está categorizado para [\pm OD, -IO, \pm OO]. No puede haber un verbo en la lengua sin tener estos como componentes de su significado. *Odoc* tiene también otros aspectos en su significado. Es el verbo que más se usa para expresar el causativo [...]

La búsqueda de los átomos del léxico o al menos, de sus elementos básicos y elementales ha sido abordada por otros autores y escuelas. Fillmore (1971:372) identificó ocho ejemplos de lo que él denominó términos últimos de la descripción semántica. Estos son *identidad, tiempo, espacio, cuerpo, territorio, vida y miedo*. Dixon (1982:9) ha propuesto la existencia de tipos semánticos universales indicando que al menos, a cada uno de ellos debe corresponderle con un lexema de cualquier lengua. Ejemplos de tipos verbales que propone Dixon son *moción, afecto, donación y habla*; tipos nominales prototípicos son *objetos y parentesco* y tipos de adjetivos prototípicos son *dimensión, y valoración*.

3.4.2) Parámetros para la determinación de conceptos primigenios.

Los *conceptos primigenios* que supuestamente fueron el utillaje del hombre antiguo en su comunicación podrán quizá delimitarse *grosso modo* pero nunca de manera exacta e individual. La razón es que ante el hombre primitivo se presentaba una panoplia de signos potenciales (lo que hemos llamado *dominios pro categorizables*) pero nada exigía que unos fueran necesariamente previos a los otros y tampoco era obligatorio que el signo se circunscribiera a un ámbito ontológico determinado; podía ser una captación más general o más concreta. Así, el primer signo del dominio ontológico de la nutrición pudo ser *comer* o bien un signo que englobara a 'comer' y a 'beber', otro signo en el dominio del cuerpo pudo ser el de *ojo* o bien un signo que englobara al 'ojo' y 'parte de la cara'. Por otra parte los mecanismos de ampliación de los signos funcionaron desde los inicios de la comunicación lingüística por lo que resulta difícil distinguir signos primarios de signos secundarios. Sabemos que la capacidad de usar signos metafórica

y metonímicamente, de agruparlos en series o sartas o de ampliar el significado de los signos transfiriéndolo a otros entes son capacidades que poseían los hombres primitivos puesto que las poseen otras especies relacionadas con nosotros como son los chimpancés (véase Gardner y Gardner, 1976).

Por otro lado existen numerosas evidencias translingüísticas que apuntan a la existencia, si no de leyes generales, sí al menos de tendencias en la formación designacional en determinados dominios léxico-ontológicos. Así por ejemplo parece que los colores proceden mayoritariamente de designaciones previas de entes u objetos que tienen ese color característico. En español ‘naranja’, ‘rosa’, ‘malva’, ‘carmesí’ (del árabe. *al-qirmiz*, y este a su vez quizá del sánscrito *krmi-ja*, tinte rojo que se obtiene de un tipo de gusanos) proceden de sustantivos concretos. En la lengua aranda, el término *alkira* ‘cielo’ también vale para ‘azulado’; en la lengua persa, ‘rojo’ deriva de ‘fuego’; en acholi *tworo*, ‘sisal’ (un tipo de planta) significa ‘verde’ y *olik*, ‘murciélago’ significa también ‘marrón oscuro’ (§ 10.4). Otra tendencia general de las lenguas es extraer las cualidades principales de aquellos objetos que más típicamente los poseen. Así, en la lengua de Tasmania, para decir ‘caliente, frío, redondo, duro’ se decía ‘como fuego’, ‘como hielo’, ‘como luna’ y ‘como piedra’. Una misma cualidad, en lenguas diferentes, puede asociarse a diferentes entidades; así ‘caliente’ puede decirse ‘como fuego’, o bien ‘como el sol’.

Algunos de los objetivos a dilucidar en un estudio translingüístico de los posibles primigenios son:

1) **Primariedad vs. secundariedad.** Los estudios translingüísticos pueden ayudar a determinar qué conceptos o nociones, según su frecuencia de aparición en diferentes lenguas, son más proclives a aparecer como **primarios** (básicos) y cuáles como **secundarios** (derivados). Los fenómenos de la realidad suelen aparecer intervenculados. Así p.ej. ‘rugir’ y ‘león’ son dos fenómenos asociados. En algunos casos un fenómeno resalta más que otro. Si ‘rugir’ aparece en una lengua como primario, la designación para el león será algo así como ‘el rugidor’. Si por el contrario el ‘león’ fuera la captación primaria, la designación para ‘rugir’ sería ‘el ruido del león’. Si una lengua tiene inicialmente términos primigenios genéricos (por ejemplo *flor*, *rojo*, *pelo/ lana*) se pueden crear nuevas designaciones por una paráfrasis o composición reductoras (bien por antonomasia, metáfora, etc.). Así, por ejemplo, en persa la rosa es ‘la flor del jardín’. En vasco *pestaña* (*betile*) es ‘el pelo del ojo’ (*begi* (ojo) + *ile* (pelo)); la lana (*artile*) es el ‘pelo de la oveja’ (*ardi* (oveja) + *ile* (pelo)). En tok pisin ‘pelo’ es *gras bilong hed* (lit. ‘hierba de cabeza’); ‘barba’ es *gras bilong fes* (lit. ‘hierba del pelo’); las ‘plumas’ del pájaro son *gras bilong pisin* (lit. ‘hierba de paloma’); ‘alga’ es *gras bilong solwara* (lit. ‘hierba de agua salada’). Desde el punto de vista del estudio de los primigenios, el que

en una lengua dada exista una designación absoluta primigenia (es decir, no derivada) no indica nada puesto que en su origen pudo ser una designación secundaria que por desgaste fónico aparece como primaria. En español ‘sobaco’ puede aparecer como designación secundaria si procediera del latín *sub brachium* o *subhircus* pero pudiera también ser primaria. Igualmente, el que en una lengua exista una denominación secundaria para una realidad, por ejemplo en kalispel ‘el sol’ es *sk^uku’il’* (lit. ‘lo enrojecido’), no impide suponer que en esa lengua existiera un primigenio absoluto y que luego por alguna razón (eufemismo, desgaste polisémico, etc.) se perdiera en favor de una alusión o perífrasis (§ 2.3.1.1).

2) **Tabú.** Otra de las razones por las que es difícil hacer cualquier predicción sobre aquellos términos primitivos es que incluso en las sociedades más conservadoras lingüísticamente, es decir, aquellas que pertenecen a un estadio primitivo económico que se corresponde a los primeros recolectores y lenguas de primer grado de evolución agrícola, que por otra parte no han sufrido invasiones conocidas durante decenas de miles de años, como es el caso de las sociedades australianas, existe sin embargo un fuerte factor de cambio que es el tabú lingüístico. En las lenguas australianas, cuando una persona muere su nombre y otras formas similares en sonido se convierten en palabras tabú (Dixon, 1980:98). Esto causa una alteración de vocabulario y rompe la línea conductora de palabras primigenias ya que palabras elementales como puedan ser animales, partes del cuerpo o elementos de la naturaleza pueden pasar a recibir un nuevo nombre. Según Gúerios (1956:102) el sol y la luna entran dentro de las palabras sujetas a tabú porque son consideradas como divinidades, por eso se encuentran en muchas lenguas descripciones y perífrasis para referirse a ellos. Entre los mingrelios del Cáucaso se utiliza *oleite* para referirse al sol. La palabra ‘luna’ tiene el sentido etimológico de ‘la que luce’ (**louksna*, relacionado con *lucere*). En griego el término es *seléne* que procede de **selásna* ‘luciente’. Estos procesos hacen que existan diferentes designaciones para la luna dentro de las lenguas indoeuropeas. Por otro lado, hay multitud de designaciones en las lenguas en las que aparece implícito un tabú. En kogui, lengua de Colombia, del tronco chibcha, (Ortiz Ricaurte, 2000: 760-770) para ‘mala gente’ se usa *kugu’akala* (lit. ‘con seis dedos’) de *kugua* ‘seis’.

3) **Verbalidad vs. nominalidad.** Los estudios translingüísticos pueden ayudar a determinar qué características de los *realia* hacen que sean proclives a ser conceptualizados como *dinamicidades* (verbos) y cuáles como *estaticidades* (sustantivos). Hay que tener en cuenta que aún suponiendo que el hombre al comenzar a hablar distinguiera ya básicamente entre nociones nominales y nociones verbales (lo ‘estable’ frente a lo ‘dinámico’) muchos de los *realia* no se prestan a una clara distinción como es el caso de ‘fuego’, ‘lluvia’, ‘trueno’, etc. De algunos *realia* o fenómenos algunas lenguas como el español extraen dos nociones, una verbal y otra nominal (*doler-*

dolor, llover-lluvia) sin que exista una clara diferencia ontológica entre ambas (§ 10.2). En muchas lenguas existen palabras que tienen la misma forma y significados verbales o nominales según el contexto. En algunos casos los hablantes de la lengua sienten que el significado verbal es el primitivo y el significado nominal el derivado de él y en otros casos lo contrario. En mokilés (Harrison, 1976) *aproa* significa ‘su hombro’ y también ‘llevar a hombros’ y *deidei* significa ‘cavar’ y también ‘terreno de cultivo de taro preparado por el hombre’. Muchas lenguas tienen una osmosis fácil entre nociones nominales y verbales. El inglés es un ejemplo de la facilidad y abundancia de este tipo de procesos de conversión: *fox* ‘zorro’, *to fox*, ‘desconcertar, fingir’; *gull* ‘gaviota’, *to gull* ‘estafar’; *pigeon* ‘paloma’, *to pigeon* ‘estafar’; *ferret* ‘hurón’, *to ferret out* ‘hurgar’; *squirrel* ‘ardilla’, *squirrel (away)*, ‘esconder, atesorar’; *finger* ‘dedo’, *to finger* ‘manosear’; *head* ‘cabeza’, *to head* ‘dirigir, encabezar’; *toe* ‘dedo del pie’, *toe* ‘ir de puntillas’; *button* ‘botón’, *to button* ‘abrochar’; *coat* ‘abrigo’, *to coat* ‘cubrir’, etc. (§ 10.5).

4) **Distancia media de lexicalización.** Los estudios translingüísticos pueden ayudar a determinar cuál es la distancia media en la captación, por ejemplo ‘comer’ o bien más genéricos como ‘ingerir’ o más concretos como ‘tapear’, ‘zampar’, ‘almorzar’, ‘cenar’, ‘amamantarse’. Los estadios iniciales tienen repercusiones en el desarrollo de una lengua ya que determinan de manera encadenada los siguientes estadios de desarrollo y también la organización reticular del léxico. En las lenguas actuales hay signos muy concretos y específicos al mismo tiempo que signos muy abstractos y generales. Si se comparan las lenguas del mundo parece que, en general, los signos primigenios tienden a coagularse o cristalizarse a una distancia media; es decir, como la lente, los signos se sitúan entre la realidad y el cerebro a una distancia económicamente óptima. Esto evita la situación antieconómica de que una lengua tenga docenas o centenares de signos para cada actividad concreta y específica, o la misma situación antieconómica de tener signos demasiado genéricos y vagos y, por tanto, ineficaces en una comunicación de sintaxis elemental, en la cual apenas uno o dos elementos contiguos pueden servir para desambiguar el signo. Parece que aun existiendo distancias diferentes de lexicalización en distintas lenguas, se mantiene una distancia media (Berlin, 1972; Berlin, Breedlove y Raven, 1973). El principio de la distancia media, también llamado ‘predominancia de la estructura horizontal’, implica que existiendo un número máximo de niveles posibles de ordenación estratal, usualmente cinco, desde el más alto hasta el más bajo (*planta-árbol-pino-pino carrasco, pino pinaster, pino laricio*, etc), lo normal es que la mayoría de los signos se estructuren a un nivel medio, ni demasiado específico ni demasiado genérico. Por tanto, parece que signos básicos son *leche, pan, agua* (frente a *alimentos*) o *perro, caballo* frente a *chihuahua, alazán, animal, cuadrúpedo, mamífero*, etc. Como se ha indicado anteriormente, según el principio de la distancia media parecería que lo normal es que todas las lenguas tengan palabras distintas para ‘beber’ y ‘comer’ y que

ninguna tenga en primer lugar un término para cubrir ambas actividades ('ingerir'). La evidencia empírica, sin embargo, demuestra que 'comer' no existe necesariamente en todas las lenguas. Así, en yimas (al igual que en otras lenguas de Papúa-Nueva Guinea) existe un verbo, *am-*, que cubre las distintas actividades que nosotros clasificamos como 'comer', 'beber' y 'fumar' (Foley, 1986:113). De igual manera en chiriguano (Dietrich, 1986:185) existe un verbo *hau* que cubre las acciones de 'comer' y 'beber'. Esto no descarta automáticamente a 'comer' como un posible primigenio, hecho que solamente se podrá estudiar con una evidencia empírica suficiente y un cálculo estadístico. En el peor de los casos, la evidencia nos podría decir que 'comer' es fuertemente primigenio o sólo débilmente primigenio (§ 3.3.2).

5) **Enfoques captanciales preferenciales.** Los múltiples estudios translingüísticos existentes pueden ayudar a determinar cuáles son las diferencias y preferencias captanciales. Algunas lenguas como las de Mesoamérica muestran una marcada preferencia por la captación sensorial mayoritariamente visual y construyen sus comunicaciones prestando un interés especial a datos como la *forma*, el *contorno*, la *flexibilidad*, la *voluminosidad*, etc. Otras lenguas como las europeas muestran una clara preferencia captancial nocional y construyen sus designaciones atendiendo a la igualdad funcional de los *realia*. En la noción de 'triángulo' se abstraen o ignoran aspectos como tamaño, color, para tener un concepto desnudo y con atributos muy generales. El énfasis en la captación impresionista, externa o sensorial, que muestran algunas lenguas afecta a la captación y visión del mundo y a la construcción y desarrollo de sus lexicones. Las investigaciones de Allan (1977: 307), Walsh (1994), Levinson (1994) entre otros han demostrado que existen ciertas características o rasgos del entorno que son percibidos de manera recurrente en la mayoría de las lenguas. Tales características sirven para agrupar a realidades muy distintas. Así, p.ej., la **curvatura** hace que se asocien *colinas*, *cuernos*, *humo*, *uñas*, *costillas*, *arcos*, etc. en lenguas tan distintas como el yucateco, el navajo, el tailandés o el proto-bantú. La categoría de **hueco** asocia a *calabazas*, *botellas*, *tambores*, *barcos*, etc. La categoría de **anularidad** asocia *agujeros*, *anillos*, *guirnaldas*, etc. Los lenguajes combinan características 'objetivas' como longitud, rigidez, flexibilidad, tamaño, forma, etc. con otras más impresionistas e inmediatas que, por peculiaridades de nuestro sistema biológico-perceptual nos impactan más directamente y nos son más accesibles y útiles como instrumento de elaboración simbólica. Por tanto, una de las posibilidades que no hay que descartar es que fueran las características más externas y sensibles (descritas mejor por adjetivos y clasificadores) las que originalmente impresionaran el cerebro de los primeros hablantes. Esta hipótesis concuerda con la teoría de Fritz Mauthner (1913) y sus seguidores, entre ellos el propio Cassirer, de que la única realidad que percibimos del mundo es la adjetiva. Pudiera ser que la captación y lexicalización de lo fenomenológicamente más llamativo e impactante fuera la tónica general durante amplias épocas de la prehistoria de la comunicación humana y que el

mundo categorizado tal como ahora lo conocemos sea un fenómeno relativamente reciente. Por desgracia tal aserto es imposible de verificar; lo que sí se sabe a ciencia cierta es que las preferencias captanciales se consiguen mediante la educación y adiestramiento. John Lucy (1996) informa sobre las preferencias de clasificación de niños americanos y mayas según estudios realizados por él. Sus conclusiones fueron que todos los niños hasta los 7 años mostraban una clara preferencia por la clasificación según la forma; a partir de 8 años los niños mayas cambiaban para clasificar según el material, exactamente como hacen los mayas adultos. Nuestras conclusiones sobre las nociones primigenias, por tanto, están forzadas a modificarse conforme aparecen nuevos estudios y nuevas evidencias sobre distintas lenguas del mundo. Dado que existen todavía muchas lenguas y muchas formas de captar y expresar la realidad que no se han investigado a fondo, lo único posible antes de formular conclusiones definitivas es cotejar el mayor número de lenguas en busca de **preferencias captanciales** y **conceptualizacionales** (§12).

6) **Pérdida del diseño original.** Hay que suponer que todo signo primigenio, en el largo proceso evolutivo que le ha llevado desde sus orígenes hace decenas de miles de años hasta nuestra constatación histórica (hace a lo sumo unos 4000 o 3500 años), ha sufrido un proceso gradual que ha ido modificando tanto su diseño funcional como su dimensión y valor semántico. En los orígenes, los signos se extenderían cubriendo una determinada zona. A partir de ahí, sufrirían procesos de cambio en dos direcciones: una de expansión y otra de restricción. La expansión ocurre cuando, por un proceso de analogía, los signos pasan a ocupar y cubrir otras zonas colindantes. La restricción ocurre cuando esta expansión se encuentran con zonas ontológicas ya ocupadas por otros signos. Los signos, en su fase primigenia, estarían poco estructurados tanto semántica como sintácticamente. Semánticamente no sufrirían apenas la competencia de otros signos. Es decir, existirían otros signos pero estos se encontrarían a suficiente distancia ontológica como para que no hubiera demasiadas zonas colindantes que significaran presión sobre el signo. Un signo es tanto más preciso y está semánticamente mejor delimitado en cuanto tiene junto a él otros signos apretados que le disputan el territorio cubricional. Sintácticamente, los signos quedan definidos por su **elaboración categorial-clasal** y **distribucional**, es decir, por los lugares o funciones que pueden cumplir en la oración y sus posibles combinatorias. De ser cierta la hipótesis de Klimov (1983a, 1983b), los signos primitivamente pasaron por etapas en las que estaban nada o poco elaborados categorial y distribucionalmente y, por tanto, tenían pocas restricciones de empleo, por lo que su uso era mucho más laxo y libre que en las lenguas actuales. La comunicación primitiva sin duda dependía mucho más de las actualizaciones y determinaciones del contexto, la ayuda de gesticulaciones, etc., que nuestra comunicación en el presente.

7) **Espiral lexicogénica.** Una de las características de los signos primigenios es que son el núcleo inicial y al mismo tiempo la base para la formación de otros signos mediante procesos universales de lexicogénesis (polisemia, derivación, reclasación, etc.) En toda lengua existen signos primarios y signos derivados o secundarios. Los signos derivados son signos parcialmente motivados puesto que guardan una conexión o remiten a otro signo. De esta manera, se crea una red de interconexiones léxicas que determinan o influyen en la manera de enfocar o concebir la realidad. En esta red es también importante el propio crecimiento semántico de los signos. La elaboración y evolución semántica de los signos primigenios sin duda ha seguido las pautas generales estudiadas ya desde Bréal para la evolución semántica. Es decir, como las macromoléculas de un caldo primordial en ebullición, las palabras han ascendido y han bajado, se han hinchado y se han reducido, se han deslizado de un lado otro sobre el paisaje ontológico; o lo que es lo mismo, han sufrido *procesos de generalización, extensión y restricción de los significados, desarrollos peyorativos y ameliorativos, procesos de acumulación polisémica, desarrollos metonímicos*, etc. Todos estos movimientos han servido para ir creando signos cada vez más complejos y a la vez pliegues y estratos en la cubrición y codisposición de los signos sobre el paisaje ontológico. Unos signos se elevan superando a otros signos y otros signos descienden haciéndose más concretos. El resultado es que los signos no solamente sirven como útiles para describir o aludir al mundo exterior sino también para organizarlo, cohesionarlo y clasificarlo piramidalmente (taxonomizarlo). Al mismo tiempo, se crea la posibilidad de parafrasear signos mediante conjunciones de otros signos. Cada signo es una suma de valores en cambio continuo ya que obtiene nuevos valores y a la vez va perdiendo otros valores. Ontológicamente esto supone también que en algunos casos los signos pierden los valores que reflejan directamente la realidad (nivel básico de categorización) y ascienden sobre esta realidad ofreciendo imágenes borrosas: se trata de los signos generales y abstractos (*animal, planta, ser, objeto, realidad, cosa*, etc.) . También en un proceso contrario en las lenguas se crean signos muy específicos que son fotografías microscópicas, primeros planos e imágenes nítidas de la realidad. Psicológicamente, ello implica que los hablantes pasan a disponer de un instrumento nocional cada vez más rico y flexible mediante el cual captar y pensar el mundo.

8) **Diferencias en la ‘cobertura’ léxica de la realidad.** Las disciplinas y escuelas que se han ocupado del significado tales como la semántica clásica (Bréal, Ullman, etc.), la teoría de los prototipos, la lingüística cognitiva, etc. han profundizado aunque no lo suficiente en el problema del *despiece y cobertura* lingüístico-léxicos del universo. El contraste del léxico de una lengua con el de otra nos dice que el espacio ontológico que en una lengua está cubierto por una palabra, en otra puede estar cubierto por dos, tres o más. Tales evidencias empíricas, sin embargo, son tan numerosas y variadas que, cuando se comparan las lenguas del mundo, parece imposible encontrar unos patrones universales de formación lexémica. La tipología léxico- semántica trata de encontrar

precisamente estos patrones y uno de los puntos de partida para encontrarlos es precisamente la existencia de modelos generales de lexicalización. El estudio pionero fue el de Berlin y Kay (1969) sobre los términos para los colores en diferentes lenguas del mundo. Posteriormente, se han abordado desde una perspectiva contrastiva y tipológica otros muchos dominios semánticos tales como los términos de parentesco, las partes del cuerpo, los términos para expresar sentimientos, la expresión del movimiento, etc.

9) **Necesidad de un planteamiento no absoluto de los primigenios semánticos.** En la búsqueda de los *primigenios* es importante precisar desde el principio que, para ser considerado primigenio, un signo no ha de encontrarse necesariamente en todas las lenguas del mundo. Basta con precisar cuáles son aquellos signos que estadísticamente son más frecuentes tras una comprobación translingüística. Resulta irrelevante que en una lengua un primigenio no exista o que, si existe, sea un término secundario, si la evidencia general muestra que es un buen candidato a primigenio. El concepto de ‘malo’ en algunas lenguas como en tailandés *mây di*: es derivado, ya que literalmente significa ‘no bueno’ (*dí*: es ‘bueno’; Wierzbicka, 1994:496). Lo mismo se podría decir de nociones como ‘grande, pequeño’; ‘arriba, abajo’; ‘delante, detrás, o verbos como ‘decir’, ‘sentir’, ‘querer’, ‘pensar’, ‘conocer’, etc. El hecho de que en algunas lenguas no existan como tales o sean términos derivados no invalida que sean estocásticamente unos buenos candidatos para ser signos primigenios. Por otra parte, la reducción de primigenios a un conjunto excesivamente reducido y cerrado conlleva el peligro de convertir el estudio de los primigenios en una alquimia del significado. En muchas lenguas realidades específicas pueden constituir la base de nociones semánticas primarias sin pasar por el filtro de los significados mínimos y ser planteadas como conjunción de tales significados mínimos. Esto es así, en primer lugar, porque determinadas realidades son pertinentes o importantes en un entorno geográfico y no en otro (*miel, bananas*), pero incluso desde el punto de vista objetivo, dada la manera imprecisa y casual en que se capta la realidad, será una cuestión de azar la que determine que ciertas realidades sean captadas previamente a otras. En el estudio de los **primigenios léxicos** resulta por tanto poco relevante que la designación para una realidad (*sol*) sea primitiva o se llegue a ella mediante una asociación y combinación de otras ideas. Así en kalispel ‘el sol’ es *sk^uku^l’il*, i.d. ‘lo enrojecido’, que procede de *ik^uil* ‘ello es rojo’ y este a su vez de *k^uil* ‘rojo’. Según Dixon (1980:104), la lengua nayawaygi de Australia tiene dos palabras diferentes para ‘sol’ y dos para ‘luna’. *Bujira* es ‘el sol bajo en el cielo, por la mañana y por la tarde’, mientras que *jula* es ‘el sol caliente cuando está en el cénit’; *ŋilgan* se usa para referirse a ‘la luna llena’ y *balanu* para ‘la luna nueva’. En la lengua tasaday de Filipinas, el *sol* es ‘el ojo del día’. En muchas lenguas de la familia malayo-polinesica se repite esta construcción; en indonesio ‘sol’

es *matahari*, literalmente ‘ojo-guía’ (para ‘gafas’ se usa la palabra *kacamata*, literalmente ‘metal-ojo’). Si en una lengua al ‘sol’ se le llama el ‘ojo del día’ en otra podría darse la situación inversa, de que al ‘ojo’ se le llamara el ‘sol de la cara’ (esto es más improbable porque sabemos que las denominaciones somáticas son iniciales las lenguas; y al parecer no se conocen ninguna lengua en la que al ojo se le llame el ‘sol de la cara’); también existe la tercera posibilidad, es decir, que las dos realidades aludidas adquieran simultáneamente una denominación primigenia (*ojo* y *sol*). De estas tres posibilidades, los estudios interlingüísticos determinarán cuál es la más corriente. En azteca (náhuatl), p.ej., ‘corazón’ no es un primigenio, dado que la palabra que lo designa *yoollohtli* significa ‘una cosa llena de vitalidad’. *Yol* es ‘vivir’ y también ‘empollar un huevo’ y *yoilli* es ‘ser vivo’ y ‘vitalidad’. Tales datos, sin embargo, no invalidan a ‘sol’ y a ‘corazón’ como posibles primigenios, sobreentendiéndose que en la valoración final basada en estudios estadísticos unos ‘primigenios’ quedarán mejor situados porcentualmente en la lista que otros.

Una conclusión provisional de todos los puntos anteriores en relación con los signos primigenios es que, sin duda, hubo desde el primer momento de la aparición del lenguaje más de una vía o secuencia en la captación conceptual de la realidad y en la consiguiente plasmación signica de conceptos o ideas básicos. El que a los ojos del hombre primitivo resaltara más un fenómeno dinámico o un ente estático o el que captaran más inmediatamente lo fenomenológico e impresionista que lo nocional no nos da certeza alguna de que otras comunidades de hablantes realizaran el proceso de la creación del lenguaje desde puntos de partida diferentes. Quizá en algunos casos se tratara de un mero azar, ya que dos o más vías captanciales cognitivas pueden ser igualmente congruentes biológicamente y eficaces comunicacionalmente. Lo que sí sabemos con certeza es que los primeros pasos dados por azar o por necesidad determinaron el desarrollo posterior de cada lenguaje. Algo así como las primeras gotas de lluvia que caídas al azar sobre una extensión primigenia indiferenciada, determinan según la dirección que tomen el futuro diseño general del paisaje. El seguimiento translingüístico de algunos signos como son ‘dar’ y ‘abrir’, estudiados a continuación, pueden ayudarnos a profundizar en lo anteriormente expuesto.

3.4.3) Estudio translingüístico de ‘dar’: un planteamiento universalista.

Ciertas nociones, que se basan en lexicalizaciones comunes en las lenguas europeas, pueden parecer normales a los hablantes de estas lenguas. Son verbos como *dar*, *poner*, *romper*, *salir*, *meter*, *subir*, *tirar*, *tocar*, *llevar*, *hablar* (?), *estar*, etc. Un estudio interlingüístico demuestra, sin embargo, que la mayoría de las lenguas del mundo tienen numerosas palabras para cada uno de estos conceptos. Si se considera , p.ej., el verbo *dar* en español, (o lo que es igual, *give* en inglés, *donner* en francés, *geben* en alemán,

etc.), parece una noción elemental y de fácil manejo. Su aparente inmediatez puede hacer pensar que al menos ‘dar’ es un signo primigenio, un universal léxico-semántico. Nada más erróneo. Una observación de los contextos en los que aparece *dar* muestra que hay muchas maneras, modos y circunstancias de dar:

- 1) *Te lo doy para que lo guardes.*
- 2) *Te lo doy con la condición de que me lo devuelvas.*
- 3) *Daremos el dinero sólo cuando nos entreguen el título de propiedad .*
- 4) *¿Qué quieres decir con que te dé un pañuelo? ¿Lo piensas pagar, lo devolverás luego, lo quieres como regalo? -Dar es dar, así que dámelo ahora y luego ya veremos.*

‘Dar’ en estos ejemplos se muestra como un signo ambiguo; en 1) y 2) muestra una transferencia provisional, en 3) una transferencia definitiva que además implica contextualmente un intercambio, finalmente en 4) se juega deliberadamente con la ambigüedad semántica del verbo ‘dar’, ya que es un privilegio del hablante usar los signos no solamente con sus valores semánticos específicos sino también con su valor más inconcreto. En realidad, las acepciones de *dar* son muchas, tal como muestra una comparación con el DRAE o el María Moliner. Es decir, *dar* tiene muchos sentidos específicos equivalentes a *donar, regalar, entregar*, etc. pero también, como se ve en el ejemplo 4, en el que alguien pide que le den un pañuelo, una acepción no *hipotecada* y genérica. En esto se diferencian las lenguas que tienen verbos genéricos y abstractos de otras que no los tienen.

En las lenguas occidentales existen nociones básicas como son ‘dar’, ‘obtener’ o ‘recibir’. Un análisis del funcionamiento de este verbo en las lenguas y culturas occidentales comparándolo con otras lenguas y otras culturas muestran un panorama diferente. El diseño léxico en el dominio ontológico de la *transferencia* se puede ejemplificar mediante su plasmación en la lengua inglesa. Las cosas se obtienen en las culturas occidentales avanzadas mediante unos procesos determinados; así, mediante un esfuerzo personal, la herencia, el trabajo, la boda, a cambio de dinero, etc. Todo eso hace que determinadas características se destaquen en los verbos para precisar el modo en que algo se da o se obtiene. Así, p.ej., en inglés existen los siguientes verbos:

Verbos para ‘obtener’:

get: obtener (es el verbo más genérico)

receive: obtener, recibir (no implica esfuerzo)

obtain: obtener (implica esfuerzo)

acquire: adquirir (a veces se usa para evitar revelar cómo se obtuvieron las cosas)

come by: lograr, conseguir

get hold of (informal): obtener, conseguir (implica que lo conseguido ha sido con dificultad)

gain: ganar (normalmente por méritos o esfuerzo)

inherit: heredar

Verbos para ‘dar’:

give: dar (el más genérico)

hand over: entregar (indica transferencia de propiedad)

pass: pasar (implica una distancia corta)

yield: proporcionar (lo proporcionado es resultado de un esfuerzo)

donate: donar (implica generosidad y gratuidad)

offer: ofrecer (es una sugerencia de que se dará algo)

tip. dar propina

give away: regalar algo sin esperar nada a cambio

present: regalar, obsequiar

provide: suministrar, proveer, es decir, dar en cantidad y duración apropiadas para cubrir necesidades

supply: suministrar en el sentido comercial, es decir, abastecer

issue: entregar (en un contexto administrativo), expedir

distribute: distribuir, dar a un número de personas

share: repartir, compartir (implica que de un todo se da una parte a distintas personas)

exchange: cambiar, intercambiar

swap: intercambiar (uso informal y técnico)

bequeath: legar, dejar en testamento

En un estudio sobre las categorías gramaticales amerindias, Sapir y Swadesh estudiaron cómo la frase inglesa *he will give it to you* se expresaba en una serie de lenguas: en wishram, dialecto del chinook hablado junto al río Columbia, en takelma, lengua de Oregón, en paiute sureño, una lengua shoshone hablada junto al Gran Cañón del Colorado y en yana, lengua que se habló junto a la ciudad de Sacramento en California, el nootka hablado en la isla de Vancouver y el navajo. Las conclusiones inmediatas fueron que el verbo ‘dar’ como tal existe en algunas lenguas pero no en todas. En algunas lenguas no existe un solo verbo para ‘dar’ sino muchos verbos para ‘dar’ según la forma del objeto que se dé. En yana no existe como tal un verbo para ‘dar’. Lo que se dice realmente es que ‘una cosa redonda se mueve hacia afuera desde alguien hacia otra persona’. La traducción de la frase inglesa a la lengua yana es la siguiente:

<i>ba</i>	<i>ja</i>	<i>ma</i>	<i>si</i>	<i>wa</i>	<i>ʔnuma</i>
COSA REDONDA	fuera	a	hace o hará	hecho sobre	tú en futuro

La mayoría de las lenguas australianas (Dixon, 1980:106) tienen una rica selección de lexemas que se refieren a los tipos de ‘dar’ según la obligación social que se realiza. En cora, lengua uto-azteca hablada en México, existen multitud de maneras de expresar *dar*. Eugene H. Casad (1997) ha clasificado y organizado estos verbos en cuatro categorías. La primera se expresa mediante la raíz *p^wéihve’e*. Es la que está más cerca de lo semánticamente expresado por el verbo *dar*. Así, en el ejemplo:

(1) Él me va a dar una camisa en vez de vendérmela.

La segunda categoría de *dar* es la llamada ‘*dar* posibilitador’. En este grupo, el acto de *dar* posibilita al destinatario para proceder a realizar otras acciones mediante el objeto entregado.

(2) Alguien me dio maíz para que yo se lo vendiera.

La tercera categoría de los verbos *dar* es la llamada ‘terminativa’. Esta da una saliencia particular a la transferencia de control de algo al destinatario. P.ej.:

(3) Iré a dárselo a él mañana.

Finalmente, la cuarta categoría de *dar* que la lengua cora emplea es un conjunto de verbos clasificadores. Estos verbos están morfológicamente relacionados con verbos que significan *portar, tomar, traer, recibir, pasar X a Y, mantener la mano*, etc. Los verbos clasificadores marcan la forma del objeto afectado y la manera en la cual es transportado (Casad, 1997:170):

Categoría	Singular	Plural
Parte I		
1. Largo y rígido	<i>naatáçuite’e</i>	<i>naatai’ite’e</i>
2. Redondo, cilíndrico	<i>naatati’ite</i>	<i>naatatú’utu’ite’e</i>
3. Largo y flexible	<i>naatapihite’e</i>	<i>tínaatapihite’e</i>
4. Objetos útiles planos y/o redondos	<i>naatai’ite</i>	<i>naatai’ipi’ite</i>
5. Cosas suaves	<i>naatátu’ite</i>	<i>tínaatátu’ite</i>

6. Animales, cosas altas	<i>naatahánte'e</i>	<i>naataháhp^wate'e</i>
7. Gente	<i>naatávi'itiste'e</i>	<i>naatavi'itiste'e</i>
Parte II		
8. Líquidos	<i>naatahán^vai'ite'e</i>	<i>naatahán^vai'ite'e</i>
9. Agua potable	<i>naatá'a</i>	

La descripción de los verbos para 'dar' en cora muestra un hecho general como es el que cualquier actividad, por simple que parezca, en realidad es un conjunto o secuencia de actividades en el tiempo y en el espacio con una serie de *implicados* y *afectados*. Fenomenológicamente 'dar' se presenta como un evento multiseccional que se presta a diferentes desgloses, cada uno de los cuales pone el énfasis en alguna secuencia o en algún participante. Esta complejidad semántica ha sido estudiada por Newman (1996: ix) que afirma que el acto codificado por un típico verbo *dar* implica:

- Existencia de tres entidades cruciales: el dador, la cosa transferida y el destinatario.
- Existencia de una interacción entre el dador y la cosa.
- Existencia de una moción de la cosa desde el dador hasta el destinatario.
- Existencia de un cambio en el control sobre la cosa, pasando del dador a la cosa.
- Existencia en los actos más típicos de *dar* de la participación de las manos tanto del dador como del destinatario.
- El acto de *dar* se hace intencionalmente.
- El acto de *dar* se hace usualmente para beneficio del destinatario, de tal manera que este puede hacer uso de la cosa transferida.

Semánticamente 'dar' no sólo es un signo complejo por su propia naturaleza ontológica sino que a partir de los valores primarios de 'dar' se crean otra serie de valores figurados y gramaticalizados. Como es sabido, según la ley de Zipf (1972), los signos más frecuentes de la lengua son los que tienden a acumular también un mayor número de valores lingüísticos (semánticos y funcionales). En español, a partir de valores reales de *dar* como 'pasar algo a alguien con la mano', se desarrollan muchas extensiones metafóricas ('me *das* dolor de cabeza', '*dar* un vistazo', etc.). La propia estructura básica ontológica del hecho de 'dar' es la fuente de las numerosas extensiones semánticas. Numerosos eventos o escenas que no implican un acto de 'dar' en el sentido literal pueden enfocarse metafóricamente como 'actos de dar'. Mediante la gramaticalización, el verbo 'dar' en diferentes lenguas evoluciona hacia otros roles

semánticos y sintácticos. Según Newman (1996: x) desde el punto de vista translingüístico aparecen las siguientes áreas importantes de extensión de verbo 'dar':

- a) Comunicación interpersonal: *dar una conferencia a los alumnos*.
- b) Emergencia, manifestación: *el sol da calor; los nogales dan nueces*.
- c) Causativo, propósito: *dar* en jocalteco tiene el valor de 'causar, hacer'.
- d) Permiso/ posibilidad: *dar* en mandarín significa 'permitir'.
- e) Interacción esquemática: *le di una mano de pintura al coche*.
- f) Marcación de destinatario/ benefactivo: *dar* es una preposición benefactiva en mandarín.
- g) Movimiento: 'darse a un lugar' ('ir a un lugar' en alemán).
- h) Perfectividad: *dar* como verbo auxiliar en hindi para formas perfectivas.

3.4.4) Estudio translingüístico de un supuesto primigenio: 'abrir'.

Un procedimiento heurísticamente útil para indagar la peculiar forma mediante la que los signos cubren los espacios ontológicos es proceder al estudio translingüístico de un signo concreto y probar así la hipótesis de su universalidad. El signo 'abrir' ha sido utilizado en algunos estudios semánticos como signo metalingüístico. En algunos textos de Lakoff (1970) y Jackendoff (1972) se analiza el signo *close* como [cause-to-become-not-open] y también se analiza en términos de negación de un primitivo, *open*. Dar por sentado inicialmente que *open* es un primitivo constituye no solamente un reto para el lingüista sino además es una ocasión de indagar una serie de problemas relacionados con la naturaleza de los signos y con la posibilidad de precisar cuáles pueden ser y no pueden ser signos primigenios en las lenguas.

El estudio de *abrir* como posible primigenio plantea, por tanto, diversos problemas previos. Uno de ellos es que todo signo que cristaliza en una lengua obedece a la conjunción de unas oportunidades, unas necesidades y un azar. Una vez creado el signo con su valor básico este usualmente comienza a recibir una serie de incrementos, es decir, se crea una expansión del significado cuando un conjunto de nuevas realidades, entidades o procesos pasan a ser subsumidas, englobadas y nocionalmente enfocadas o 'visualizadas' desde una misma perspectiva gracias a tener un designador común. La amplitud semántica de *abrir* se muestra en un repertorio amplio de acciones diferentes que quedan subsumidas bajo este signo, tal como se puede comprobar en una somera

revisión de las obras lexicográficas existentes sobre la lengua española¹².

El signo ‘abrir’, en español, a través del latín tiene su origen en un significado específico asociado con la noción de ‘destapar’ o ‘descubrir’,¹³ se ha expandido hasta ocupar otros muchos ámbitos. En todas las lenguas estudiadas un gran repertorio de actividades y habilidades manuales quedan subsumidas bajo el signo ‘abrir’, por lo que es lógico suponer que este signo se encuentra ligado a una gran cantidad de información almacenada en el cerebro. El porqué este signo no se ha escindido en ‘*abrir*es’ más específicos en ninguna de las lenguas estudiadas es una cuestión cuya solución probablemente esté asociada con la ‘naturalidad’ o ‘comodidad’ del signo que postulamos, lo que constituye uno de los requisitos del diseño general del léxico.

Para ofrecer una ligera idea del alcance y valores del signo ‘abrir’ sería necesario estudiar al menos más de trescientos tipos de actividades u operaciones básicas asociadas a este signo y un sinnúmero de otras que son, o bien variantes, o bien tipos de ‘abrir

- a) ‘abrir el correo, la puerta, el cajón, el paquete, el libro, la botella, el pupitre, la boca, la navaja, el paraguas, la mano, un abanico, una caja fuerte, un compact disc, etc.’
- b) ‘abrir una tienda, un negocio, el correo electrónico, etc.’

Los valores de ‘abrir’ se han ido incrementando conforme las realidades del entorno se han ido haciendo más variadas y complejas. En este proceso de expansión, el signo ha adquirido una gran variedad y complejidad de valores, pero no se ha perdido al parecer la contigüidad entre ellos; es decir, el hablante parece percibir los valores de ‘abrir’, con excepción quizá de los idiomáticos o metafóricos, como variantes de una

12) En el diccionario de la Academia, para ‘abrir’ encontramos los siguientes valores: 1) descubrir o hacer patente lo que está cerrado u oculto; 2) puertas; 3) llave, cerrojos, aldabas; 4) cajones; 5) ojos, libros; 6) brazos, piernas, tijeras, compás, navaja; 7) cortar hojas del libro; 8) mano, abanico, paraguas; 9) tierra, techo, granada, tumor; 10) (hacer) agujero, (hacer) ojal, ranura, camino, canal; 11) cartas, paquetes, sobres (romper, despegar); 12) lámina, molde, troquel (grabar); 13) paso, calle; 14) las Cortes, un café; 15) campaña, curso, sesión; 16) certámenes, concursos, oposiciones, suscripciones; 17) procesión, marcha; 18) cuentas corrientes; 19) órganos de articulación; 20) separar al toro de la barrera para colocarlo en suerte; 21) flores, pétalos; 22) abrir el tiro, esparcirse; 23) abrir el tiempo; 24) juegos de naipes; 25) una embarcación (desatracar); 26) relajarse; 27) abrir las filas, abrir un batallón; 28) abrirse un vehículo en una curva; 29) confiar a una persona un secreto (se abrió conmigo); 30) irse de un lugar; 31) (Amer;) desviarse el caballo de la línea; 32) (Amer;) hacerse a un lado; 33) (Amer;) desistir de algo. Esta descripción lexicográfica (así como las de otros diccionarios conocidos como el de María Moliner, etc.) es claramente insuficiente para dar cuenta del valor de ‘abrir’ en español.

13) En latín *aperire* de donde viene el español ‘abrir’ procede del indoeuropeo **ap-wer-yo*; que procede de *wer* ‘cubrir’ y *ap* que expresa la idea de ‘fuera, lejos’.

actividad básica común. Esto se debe a que en los valores semánticos de un signo se pueden compaginar perfectamente la *generalidad* con las *especificidades*. De hecho, una constante que articula y mantiene cohesionado el signo es la **dualidad genérico-concreta**, que para ‘abrir’ parece consistir en nociones generales e imprecisas de ‘abrir’ como es la de ‘separación’, ‘dejar acceso libre’, etc. junto a una gran variedad de nociones concretas como p.ej. ‘abrir una caja fuerte’.

Existen varias nociones asociadas a cada variedad de ‘abrir’ como son:

- a) META: La acción tiene como objetivo conseguir que X quede expedito, accesible, descubierto, destapado, manipulable, atravesable, transitible, etc.
- b)PROCEDIMIENTO: Existen variedades de ‘abrir’: ‘realización de una separación, expansión, despliegue, ruptura, etc.
- c) OBJETO AFECTADO: la puerta , las aguas (Moisés), el cielo, las manos, ojos, etc.
- d) AGENTE: Los agentes suelen ser personas, pero también o seres animados como ostras que abren sus valvas, o inanimados como el viento que abre las ventanas, o la flor que abre sus pétalos.
- e) RESULTADO: abertura parcial, total, con o sin destrucción parcial del objeto, etc
- f) etc...

En el caso de ‘abrir’, el PROCEDIMIENTO se subdivide en dos fases que afectan respectivamente al objeto que sufre la apertura y al sujeto que debe lograr dicha apertura:

- b1) ‘Tipología de las distintas manifestaciones y variedades de la apertura, así como de los estadios que un objeto ha de pasar para llegar a ser abierto’.
- b2) ‘Variedad de rutinas pertinentes y, en su caso, de instrumentos que se han de utilizar para lograr una apertura’ .

La dualidad del signo, en este caso de ‘abrir’, nos dice que, p.ej., *abrir la ventanilla del coche* no es un suceso lineal sino varios sucesos. Es conseguir que el aire tenga el paso libre, es que el panel de cristal se deslice hacia abajo hasta quedar completamente inserto dentro de la puerta del coche, y también es el girar una manivela o apretar un botón eléctrico mediante lo cual se llega a la meta deseada. Los miles de ‘abrir’ con los que el hablante se enfrenta cada día se refuerzan unos a otros y entre todos dibujan ese complejo mapa semántico asociado al verbo ‘abrir’. Lo curioso es que esta complejidad al parecer es compartida en lenguas tan diferentes como el chino, el japonés, el ruso, el inglés, el español o el árabe (para la comparación sirve menos una lengua australiana o una de Nueva Guinea, ya que el número de realidades y objetos que manipulan los hablantes de una sociedad tecnológicamente más simple que la nuestra

afecta evidentemente a la noción y valor de signos equivalentes a ‘abrir’). Como se ha indicado anteriormente respecto al origen de la palabra española, el signo ‘abrir’ parece que se origina en todas las lenguas a partir de las nociones simples de ‘descubrir’, ‘destapar’.

Naturalmente, ningún signo es exactamente igual en dos lenguas diferentes. Esto es debido fundamentalmente a que todo signo se plasma según el sistema particular que cada lengua tiene de deconstruir la realidad. E incluso entre lenguas que tienen el mismo origen genético, los signos desarrollan expansiones propias, usos figurados y metafóricos peculiares, que impiden que dos signos sean absolutamente iguales en lenguas diferentes. El contraste del español ‘abrir’ con otros signos similares en otras lenguas aporta algunas diferencias de gran utilidad para comprender a la vez lo que hay de universal y de particular en ‘abrir’. Los ejemplos que presentamos a continuación son sólo una muestra no sistemática de la diferencia de usos y valores entre el español y otras lenguas:

1. Ejemplos de no correspondencia en inglés:

to open a movie
to open one's bowels

2. Ejemplos de no correspondencia en francés:

ouvrir la lumière
ouvrir la radio
ouvrir la télé
ouvrir le chauffage
ouvrir l'écaille (arg.) (lit. ‘abrir las escamas’ = desvirgar)
ouvrir les écluses (lit. ‘abrir las esclusas’= ponerse a llorar)

3. Ejemplos de no correspondencia en ruso:

<i>otkryt' litso</i>	‘descubrir la cara’
<i>otkryt' grudo</i>	‘descubrir el pecho’
<i>otkryt' voennye deïstviia</i>	‘iniciar actividades bélicas’
<i>otkryt' zagovor</i>	‘descubrir una conspiración’
<i>otkryt' karty</i>	‘enseñar las cartas’

4. Ejemplos de no correspondencia en chino:

<i>k'ai ch'e</i>	'conducir un automóvil'
<i>k'ai fei chi</i>	'pilotar un aeroplano'
<i>k'ai chiao</i>	'resolver un problema'
<i>k'ai fang</i>	'liberar'
<i>k'ai hsüe</i>	'comenzar las clases'
<i>k'ai huen</i>	'romper la abstinencia'
<i>k'ai kung</i>	'comenzar el trabajo'
<i>k'ai kuo</i>	'fundar un reino'
<i>k'ai li</i>	'crear un precedente'
<i>k'ai p'iao</i>	'hacer escrutinio de votos'
<i>k'ai shih</i>	'soltar amarras' (lit. 'comenzar galopar')
<i>k'ai tao</i>	'decapitar' (lit. 'abrir cuchillo')
<i>k'ai teng</i>	'encender la luz eléctrica' (lit. 'abrir la lámpara').
<i>k'ai wei</i>	'abrir el apetito' (lit. 'abrir el estómago')
<i>k'ai yen</i>	'poner cara alegre' (lit. 'abrir el rostro')

5. Ejemplos de no correspondencia exacta en japonés³¹⁴:

<i>seiki ga aite iru</i>	'el asiento está libre' (disponible, vacante)
<i>asita wa aite imasu</i>	'mañana tengo tiempo libre'
<i>bin ga aita</i>	'se gastó la botella' (lit. 'se abrió la botella')

14) En japonés, la pareja de verbos *aku* y *akeru* equivalen básicamente a 'abrirse' y 'abrir' respectivamente. Tal como la misma morfología sugiere, la forma verbal intransitiva es la básica y la transitiva es una forma derivada, como suele ocurrir en los verbos japoneses. Desde el punto de vista lexicográfico se presentan varios problemas derivados del sistema de escritura ideográfica que quedan ilustrados precisamente con el lexema que tratamos:

a) Polisemia de un lexema desambiguada mediante el uso de ideogramas distintos, cuyas acepciones básicas son:

-*kangshi* a) abrir (puerta, ventana, olla, botella, tienda,...)/iniciar (sesión, reunión,...)

-*kangshi* b) vacar, estar vacante (casa, piso, terreno)

-*kangshi* c) estar vacío, vaciar (botella, caja, recipiente...)

b) Polisemia de un ideograma expresada mediante el uso de lexemas distintos. Este segundo caso se da con un ideograma chino diferente que, además de la lectura *aku-akeru*, se usa también para otra pareja de verbos relacionada etimológicamente, *hiraku-hirakeru*, cuyo significado es más específico y equivale a desarrollar, desplegar, abrir de par en par, abrir completamente.

c) Campo semántico complementado con los lexemas compuestos tomados del chino en los que se usa pronunciación derivada del chino. En el caso del campo semántico de *abrir* hay una amplia gama de lexemas que típicamente a) agrupan el verbo *abrir* y su objeto manteniendo el orden VO chino, por ejemplo *kai-koku* 'abrir-país', i.e. establecer relaciones políticas y económicas con otros países o b) se agrupan dos verbos para dar mayor precisión semántica.

<i>kaaten wo akeru</i>	‘descorrer, abrir la cortina’
<i>paati wo hiraku</i>	‘dar, celebrar una fiesta’

El signo para ‘abrir’ se puede usar por tanto en ciertas lenguas con valores inexistentes en español lo que implica un diseño semántico más amplio o al menos diferente. Más interesante sin embargo es el hecho de que en muchas lenguas del mundo existan múltiples lexemas para expresar la idea de ‘abrir’.

1. Ejemplos de correspondencia múltiple en shona (St. Augustine’s Mission, 1911)¹⁵:

<i>funuhura</i>	‘abrir una caja’
<i>dziwura</i>	‘abrir una botella’
<i>namuara</i>	‘abrir una carta’
<i>watsama</i>	‘ensanchar’

2. Ejemplos de correspondencia múltiple en chickasaw (Munroe y Willmond, 1994):

<i>fachopa</i>	‘abrirse un objeto como una hoja giratoria’
<i>fakohli</i>	‘abrirse frutas como los albaricoques’
<i>pofalli</i>	‘abrirse como una vaina de algodón’
<i>taklhipachi</i>	‘abrir la boca’

3. Ejemplos de correspondencia múltiple en carolino (Jackson y Marck, 1991):

<i>ammasaaw</i>	‘abrir mucho la boca’
<i>falló</i>	‘abrir los ojos’
<i>táfi</i>	‘abrir completamente un orificio del cuerpo (boca, párpados, agujeros de la nariz)’
<i>huugi</i>	‘abrir algo’
<i>mnaw</i>	‘abrir la boca como en un suspiro’
<i>seeleng</i>	‘estar abierto y expuesto’
<i>tláf</i>	‘estar abierto como una herida o la vagina’
<i>wáahi</i>	‘abrir el camino’

15) Ocurre lo mismo con *cerrar*, en shona existen términos como *tsibkira* ‘cerrar un libro’, *konya* ‘cerrar un cuchillo, una navaja’, *dzwinya* ‘cerrar los ojos’, *fumba* ‘cerrar la boca’.

4. Ejemplos de correspondencia múltiple en wolof:

<i>oubi</i>	‘abrir general’
<i>tidji</i>	‘abrir lo que está cerrado con llave o con una tranca’
<i>kheppi, khippi</i>	‘abrir los ojos totalmente, al despertar’
<i>beunne</i>	‘abrir, hacer un agujero, por ej. para pasar un cable’
<i>sébi, sahi</i>	‘abrir para mostrar algo, un cofre, maleta’
<i>firi</i>	‘abrir algo que está plegado, por ejemplo un paraguas, las alas de un pájaro, las cortinas’
<i>khipali</i>	‘abrir los párpados con los dedos, con dificultad, a los enfermos’
<i>afif</i>	‘abrir la boca para respirar’
<i>ngang, ngapi</i>	‘abrir mucho la boca’
<i>diss</i>	‘abrir la puerta a alguien, dándole la bienvenida’
<i>nghayette, ngaye</i>	‘abrir de par en par’

Ejemplos como los anteriores muestran que en muchas lenguas del mundo las acciones de apertura, separación y expansión se lexicalizan de manera más detallista atendiendo a la forma de apertura, al objeto o realidad que se abre o se separa y a otros elementos involucrados. Existe una aproximación más radicalmente diferente a los *realia* del dominio de la apertura, separación, etc. Una aproximación que amplía el dominio para fundirlo en un macrodominio en el que entra la ruptura, la apertura, la fractura, etc.

Los *realia* dinámicos que conocemos como ‘eventos’ se caracterizan en muchos casos por designar procesos extensos en el tiempo que afectan o involucran a varios participantes. En algunos casos, ‘abrir’ se usa para designar acciones complejas, es decir, acciones con varias secuencias. Para algunas lenguas resulta económico describir todo un macroevento con un solo signo. Otras lenguas sin embargo no han recurrido a las mismas estrategias que las lenguas europeas. Así, p.ej., el lakota (E. Buechel, 1970), lengua amerindia del grupo siuano, muestra un especial detallismo en la expresión del tipo de acciones que nosotros lexicalizamos con verbos como ‘romper’, ‘cortar’, ‘abrir’, etc. El detallismo de estos verbos ‘fracturales’ se basa en que tales procesos se expresan obligatoriamente mediante la suma de un prefijo y una raíz. Mediante el prefijo se pueden expresar muchos ‘involucrados’ del proceso, p.ej. si la acción se realiza con la mano, el pie, la boca, si se aplasta, si se pincha, etc. Mediante la raíz se suele indicar más bien la forma del proceso y el resultado: si hay desgarramiento, apertura, raja, separación, estallido, fractura, trozos pequeños, masa desmenuzada informe, etc. Así, p.ej., para lo que en español sería *cortar* existen 32 prefijos y 59 raíces diferentes. En el ‘cortar’ se especifica si el corte es fino o se ha hecho un corte limpio, si se ha hecho presionando, si se hace mediante un tajo o cuchillada, si el resultado es una muesca, si el resultado del

corte son pequeños trozos, si el resultado son tiras, si lo que se corta tiene forma de cuerda, si lo cortado se arranca o se queda unido al cuerpo colgando, etc. El detallismo de las acciones de fractura no parece ilógico encontrarlo en una comunidad de cazadores que utilizan y elaboran numerosos materiales para elaborar sus vestidos y construir sus viviendas e instrumentos, aunque ciertamente otras sociedades que también dedican mucho tiempo a las mismas actividades no presentan en su lengua semejante detallismo. En la lengua lakota, para los verbos ‘abrir’, ‘romper’, etc., se utilizan, por tanto, composiciones que combinan los siguientes prefijos y raíces (los señalados con un asterisco son aquellos de uso más frecuente):

Prefijo	Raíz
<i>a-</i> (en, causa)	<i>blaza</i> (rasgar)
<i>ahi-</i> (llegar)	* <i>bleca</i> (abrir)
<i>ahiyu(glu)-</i>	<i>blu</i> (fino)
<i>aka(gla)-</i> (golpear)	<i>hiŋta</i> (apartar, quitar)
<i>ana-</i> (con el pie)	* <i>hci</i> (arrancar)
<i>apa(kpa)-</i> (mano)	<i>hleca</i> (abrir)
<i>awa-</i> (cortar)	<i>hloka(e)</i> (agujero)
<i>awo-</i> (disparar)	<i>hpa(e)</i> (tenderse, yacer)
<i>aya(gla)-</i> (boca)	<i>huga</i> (perforar)
<i>ayu(glu)-</i> (mano)	<i>juju</i> (en pedazos)
<i>hutipa-</i> (entero)	<i>kaŋ</i> (<i>kraŋ</i>) (roto)
<i>i-</i> (hacia, sobre)	<i>kpi</i> (agrietar)
<i>ica(ka)-</i> (golpear)	* <i>ksa(e)</i> (separar)
<i>ina-</i> (pie)	<i>kuka</i> (machacar)
<i>ipa(kpa)-</i> (mano)	<i>popa</i> (estallar)
<i>iwakici-</i> (para)	<i>psaka(e) (g)</i> (dos)
<i>iyu(glu)-</i>	<i>pšuŋ</i> (caído)
<i>ka(gla)</i> (golpear)	<i>pta</i> (fuera)
<i>kao-</i> (a través)	<i>ptuga</i> (desmenuzarse)
<i>ki-</i> (para)	<i>sku</i> (hincharse)
<i>kica(ka)-</i>	<i>sleca</i> (rajarse)
<i>kicica(ka)-</i> (para)	<i>sna</i> (volcarse, mecerse)
<i>kicipa-</i>	<i>šipa</i> (cerrar)
<i>kiciyu(glu)-</i>	<i>špa</i> (dividir)

<i>kina-</i>	špu (quitar, sacar)
<i>na-</i> (con el pie)	šuja (hacer puré)
<i>naki-</i>	tkuga (cuadrar)
<i>nakici-</i>	*wega (fracturar)
<i>nao-</i> (a través)	
<i>o-</i> (sobre, hacia dentro)	
<i>oka(gla)-</i>	
<i>okica(ka)-</i>	
<i>okiwa-</i>	
<i>ona-</i>	
<i>oyu(glu)-</i>	
<i>pa(kpa)-</i> (aplastar)	
<i>wa-</i> (cortar)	
<i>wo-</i> (disparar, dar un puñetazo)	
<i>woo-</i> (a través)	
<i>ya(gla)-</i> (boca, morder)	
<i>yu-</i> (a mano)	
<i>yuo-</i>	

En este esquema se incluyen sólo los prefijos que son ampliamente productivos en lakota. Muchos de estos prefijos están relacionados con partes del cuerpo. El lakota participa con la mayoría de las lenguas amerindias (y con la mayoría de las lenguas del mundo) en un uso extendido de procesos lexicogénicos de origen somatológico, es decir, designaciones de partes del cuerpo humano que se relacionan formal y semánticamente con actividades relacionadas con ellas. Las acciones de ruptura y apertura se suelen expresar incluyendo el órgano o instrumento con el que se realizan.

En lakota la composición se hace juntando un prefijo y una raíz, de tal manera que *yu-bleca* significa ‘romper mediante la mano algo que se rompe en trozos, tal como cristal’. Otros ejemplos de compuestos, de entre los varios centenares que existen son:

<i>nakibleca</i>	‘romperle algo a una persona pisándola’
<i>nableca</i>	‘romper, p.ej., cristal golpeándolo con el pie’
<i>wableca</i>	‘romper algo frágil con un cuchillo’

<i>wablaya</i>	‘aplanar con un cuchillo’
<i>wablaza</i>	‘abrir a lo largo, como cuando se descuartiza a un animal o se corta un melón’

Estos y otros ejemplos que se podrían aportar en diferentes lenguas demuestran que la complejidad de un signo como ‘abrir’ se percibe aún mejor en el contexto de las comparación translingüística. Del estudio superficial de un signo equivalente aproximadamente a ‘abrir’ en diferentes lenguas (aquí, partiendo del español ‘abrir’ y de su contraste con otras lenguas), parece que pierde su universalidad, el signo español se va escindiendo progresivamente conforme nos alejamos del entorno europeo. ‘Abrir’ parece presentar una cierta universalidad, aunque, como se ve claramente en shona o wolof los diferentes tipos de aperturas pueden quedar lexicalizados de manera diferente. En la lengua lakota encontramos una descomposición total. No existe ningún signo que se aproxime al ‘abrir’ de las lenguas europeas. La dimensión ontológica de la apertura y ruptura se capta y descompone en unidades mínimas como son tipo de separación, dirección de la separación, instrumento utilizado, resultado total, parcial del proceso, etc. Con estas unidades semánticas mínimas se visualiza y expresa cualquier variedad de actos de apertura o ruptura. Se trata en suma, en el caso del lakota, de una captación y conceptualización alternativa y diferente desde sus propias raíces.

Resulta aventurado y prematuro correlacionar formas de expresión de ‘abrir’ con formas de vida y cultura. Con todo, sería conveniente indagar en las consecuencias que la evolución tecnológica ha tenido para este signo¹⁶. El signo ‘abrir’, tal como aparece en las lenguas europeas y en otras, es un signo entre nosotros básicamente instrumental, es decir, implica casi siempre acciones que se realizan sobre artefactos (los otros usos son somáticos). La complejidad y variedad de artefactos y tecnologías que las sociedades pueden llegar a crear influye naturalmente en el valor actual del verbo ‘abrir’ si se compara con una época en la que las cosas que había que abrir eran productos de la naturaleza y un breve repertorio de objetos creados por el hombre. A pesar de todo, de todas las variedades translingüísticas, ‘abrir’, tal como existe en español, parece corresponder a una concentración natural. Algo así como un embudo por dónde caen y coinciden multitud de acciones y sucesos. A partir de una idea básica de separación (*destapar*) no parece que haya modificado sustancialmente su contenido nuclear hasta

16) La covariación de lenguaje y cultura es una de las tesis más discutidas, es decir, defendidas y atacadas, dentro de la lingüística cultural. Algunos autores como Cassirer (1955) establecieron que hay una correspondencia entre evolución tecnológica, cultural, mental y lingüística. En otras palabras, el incremento de la tecnología lleva aparejados el incremento del vocabulario tanto en elementos como en acepciones y, a la larga, una transformación en la lengua y en la mentalidad de los hablantes. Véase también Keesing, R.M. (1979)

la actualidad; simplemente se ha hecho más pormenorizado y con más variedades aplicativas. Por ello, curiosamente, es un signo que pueden comprender e implementar correctamente los antropoides a los que se les enseña un lenguaje de interacción con el hombre. No es la única manera de analizar y plasmar la realidad pero sí parece ser una vía convergente.

3.4.5) Características semántico-funcionales del signo en relación con su proyección ontológica.

Todo signo ocupa un espacio ontológico determinado. La ocupación de dicho espacio y, por tanto, el diseño del signo, se debe a razones ontológicas, psicológicas y lingüísticas puramente internas. Si hubiera una tintura mediante la cual pudiéramos visualizar la ‘mancha’ de cada signo, probablemente nos chocaría en muchos casos comprobar su irregularidad y su forma caprichosa. Las razones son diversas. Por una parte, todo conjunto de signos organizados (el lexicón) debe ocupar en su totalidad el espacio ontológico inmediato a los hablantes. Es decir, los lexemas deben repartirse los dominios semánticos. Las causas que llevan a un signo a ocupar o cubrir un ámbito ontológico (una región del ser) son múltiples: idoneidad del territorio y proclividad a ser englobado bajo el mismo signo, peculiar desarrollo histórico de los signos, competencia entre los signos próximos, etc. Uno de los objetivos de la semántica es estudiar el número y características de los signos que determinan la correlación del signo con el universo de realidades designables (*designata*). Algunas de estas características básicas son las siguientes:

- 1) Paisaje primordial y ‘ocupación sígnica’
- 2) Multiprototipicidad
- 3) Extensibilidad y optimalismo
- 4) Fronterización
- 5) Universalidad vs. particularidad
- 6) Comodinismo y solapación
- 7) Ambigüedad potencial
- 8) Respaldo desambiguador.
- 9) Valores fuertes y valores débiles
- 10) Conexionismo semántico
- 11) Elaboración gradual de los conceptos

1) Paisaje primordial y ‘ocupación sígnica’. El ‘reparto’ del territorio ontológico en diversas zonas acotadas por distintos signos se realiza de una forma peculiar. El estudio de la relación de los signos con los ámbitos ontológicos que ocupan es central en la

tipología léxica. Las similitudes y diferencias en las ‘ocupaciones’ ontológicas de signos más o menos equivalentes en distintas lenguas han de ser explicadas evitando posiciones extremas como son la equivalencia universal semántica de los signos o el completo azar y arbitrariedad del diseño semántico de los signos. La posición intermedia que aquí se propugna es que hay tanto condiciones objetivas (ontológicas) como perceptuales y lingüístico evolutivas que favorecen determinadas extensiones semánticas de los signos. La hipótesis de partida es que todo signo se forma o cristaliza sobre un espacio ontológica y biológicamente propicio. Existen dominios *proconceptualizables*, es decir organizaciones naturales que pueden de ser cubiertos fácilmente por todo lenguaje. Esta hipótesis puede reformularse del modo siguiente: existen ‘regiones de convergencia ontológico-semánticas’ naturales donde eventualmente se ubicarán y fijarán signos de la misma manera que en el paisaje se ubican fortalezas y atalayas en las posiciones más estratégicas y favorables para dominar y controlar las zonas adyacentes (de esta manera se realiza el reparto político del territorio). Según este símil de distribución territorial podemos decir que el hombre ha puesto y repartido sus signos de tal manera que le sirvan para controlar el entorno de manera eficaz y económica. La diferencia de diseño semántico entre unos signos y otros se explica tanto por la orografía primordial del paisaje ontológico como por la evolución y expansión posterior de los signos. De igual manera que se realiza la expansión política, un signo tiende a controlar aquellos terrenos circundantes en los que no encuentra barreras o discontinuidades e igualmente tiende a pararse allí donde encuentra discontinuidades (líneas de fractura), como ocurre en el paisaje real cuando se llega a montañas o ríos. Existe una dinámica general que tiende a ubicar y a dimensionar los signos de la forma más eficaz sobre el paisaje de la realidad. Como la expansión política o las circunscripciones electorales, así la expansión semántica evoluciona desde ámbitos y recintos más restringidos hasta ocupaciones más amplias, unos signos amplios eliminan o subordinan a otros. El símil podría ampliarse: de la misma forma que el control político del territorio se establece simultáneamente a nivel local, provincial, regional, nacional etc, así sobre el territorio ontológico- simbólico dominan simultáneamente distintos signos unidos por relaciones de hiponimia (subordinación-superordinación). El paralelismo político podría extrapolarse también a la progresiva ocupación territorial de los signos. Esta ocupación comienza con territorios pequeños y bien definidos y evoluciona a ocupaciones más amplias. Signos como *pasar, dar, tomar, sacar, poner, andar e ir* son amplios en nuestras lenguas mientras que en lenguas primitivas suelen fragmentarse en diversos signos con un espectro semántico más reducido y concreto. El estudio de ‘abrir’ en diferentes lenguas parece indicar que *abrir* es un signo cómodo para sociedades de una tecnología desarrollada, pero que es demasiado genérico e impreciso para sociedades que tienen un contacto con el entorno más inmediato y estrecho. La existencia de todo signo implica una conjunción de proclividades ontológicas y psicológicas. Ontológicamente, como se ha indicado anteriormente, se encuentran en el universo-entorno determinadas

continuidades y discontinuidades que, a modo de valles y promontorios, pueden llegar a conectarse y a agruparse. Psicológicamente, la mente tenderá a agrupar tales discontinuidades menores en conjuntos comunicativamente operativos, de tal manera que, por un lado, los signos no sean excesivos en número, ya que crearía problemas de memoria, y por otro que no sean tan escasos que provoquen la confusión y, por tanto, una comunicación deficiente. En el diseño de todas las lenguas del mundo existe un compromiso entre estas dos economías.

2) Multiprotipicidad. Determinados signos (de hecho, gran cantidad de ellos) no pueden reducirse al esquema de prototipicidad postulado por Eleanor Rosch. La única manera de dar cuenta semánticamente de tales signos es suponer que en la mente del hablante existen una serie de conceptos o imágenes más o menos difusas o nítidas coarticuladas entre sí. *Abrir* es un lexema que pertenece al tipo de signos de gran extensión semántica, podría decirse que ‘con pluriempleo’. Mientras que un lexema como *comer* designa actividades sustancialmente idénticas (*centralidad prototípica*), especialmente entre personas y animales superiores, *abrir* cubre una amplia gama de acciones y sucesos que son físicamente distintos entre sí tanto por las rutinas accionales y fases de los procesos, por los agentes y pacientes y por el modo y otras características de las acciones; se habla entonces de la *dispersión multiprototípica* de ‘abrir’. Así, para ‘abrir’ habría una suma de imágenes nítidas como ‘abrir’ puertas, ventanas, botellas, latas, paraguas, chaqueta, escotilla, etc. sin que una de ellas sea necesariamente más central y general que las otras. Al mismo tiempo existirían imágenes mentales difusas con idea de separación, de hacer expedito el camino para acceder a algo, etc. La tradicional distinción semántica entre monosemia y polisemia no sirve para resolver el problema. La noción de polisemia es una noción útil para discriminar casos claramente separados como por ejemplo ‘cabeza de persona’, ‘cabeza de familia’ y ‘cabeza de partido’; pero al distinguir entre ‘cabeza de caballo’, ‘cabeza de serpiente’, etc., no se dice que son casos de polisemia, ya que ello conllevaría el problema metodológico de pasar de considerar que los signos tienen como promedio unas siete acepciones a postular que cada uno tiene cientos o miles de acepciones. Los signos multiprototípicos mantienen a su vez la capacidad de sugerir múltiples protoacciones conservando una conexión nocional más o menos vaga entre estas variedades (cadena polisémica).

3) Extensibilidad y optimalismo. Los signos lingüísticos tienen la misión de referenciar y simbolizar cada una de las realidades del mundo (referentes). Para ello los signos tienen un rasgo tipificado como *extensibilidad* o *flexibilidad*, que significa que cualquier signo posee una capacidad de habilitación para ser usado con nuevos referentes siempre que el hablante no conozca o no recuerde un signo más apropiado para dicho referente. El *optimalismo* puede definirse así: cualquier realidad o fenómeno será simbolizado por un signo, en caso de no encontrarse un signo ya consagrado a tal objeto, se acudiría a

aquel (o aquellos) que por similitud, proximidad, etc., sea el ‘menos malo’ de los posibles candidatos y se le habilitará para tal responsabilidad designativa. Esta transferencia espontánea y fácil de signos a nuevos referentes es lo que permite que todo, incluso lo completamente nuevo, sea comunicable. Naturalmente, muchas de las transferencias de signos son consideradas como errores ya que en la lengua existen signos consagrados para ocupar un determinado territorio. Una persona dice *El humo de un cigarrillo ‘abre’ la alarma de fuego*, luego se corrige: ‘dispara la alarma’. Se consideran errores a corregir en los niños ‘abrir la luz’ o ‘abrir la televisión’, y sin embargo serían aceptables o cuasi aceptables ‘abrir la feria’ (inaugurar) o ‘abrir las ideas al progreso’. Estas misiones eventuales se acumulan de manera difusa e imprecisa y en muchas ocasiones llegan a constituirse en nuevos valores permanentes del signo.

El optimalismo vale también para explicar cómo una lengua se enfrenta con nuevos *realia*. En todas las culturas las nuevas realidades se distribuyen entre los signos existentes gracias a que todo signo es potencialmente extensible. Los humanos, confrontados con nuevas realidades, buscan en su repertorio el término que de manera menos mala pueda adaptarse a los designata. Es sabido que los españoles llamaron ‘piña’ a un fruto americano conocido también como ‘ananás’ ya que existía un parecido estructural externo entre la piña del pino, que les era familiar, y esta fruta. Comrie (1992) en su estudio de la sociedad haruai, de la provincia de Madang, en Papúa Nueva Guinea, afirma que para esta lengua existen los siguientes *taxa* primarios: gente (*nöbö*), cerdos (*höñ*), perros (*wöñö*), mamíferos de tamaño medio (*wrap*), mamíferos de pequeño tamaño (*döyw*), pájaros y murciélagos (*yöwr*), anfibios sin cola (*haw*), serpientes y lagartos (*gas*), anguilas (*wnaŋ*), y pequeños peces que viven en los arroyos de montaña (*k"öbsal*). Comrie (1992) ha estudiado la manera en que el sistema taxonómico haruai se extiende para cubrir a nuevos animales con los que los haruai toman contacto. Así, aunque ningún gran animal ha sido introducido permanentemente en el área haruai, algunos haruai han visto vacas y caballos que sin duda clasifican bajo el término *höñ* que literalmente es ‘cerdo’. Comrie realizó el experimento de mostrar a los haruai imágenes de otros animales y pedirles una respuesta clasificatoria. Mediante este procedimiento descubrió que para ello los informantes se basaban fundamentalmente en la forma física, es decir, en las características estructurales, aunque algunas veces pedían información adicional relativa a su función. Para los haruai los grandes mamíferos tienden a ser clasificados como *höñ* y ello incluye animales domésticos como caballos y ovejas o salvajes como el ciervo. Sin embargo los mamíferos que se sabe que son depredadores se clasifican preferiblemente como *wöñö* (lit. ‘perro’) distinguiendo así entre animales cazados y animales cazadores. En algunos casos los haruai preguntaron si el animal en cuestión podía ser comido antes de decidir si podía apropiadamente ser considerado *wrap* (mamífero de tamaño medio). En caso de que no pudiera ser comido el animal no era asignado a ninguna clase. Algunos animales exóticos como monos o chimpancés

provocaban perplejidad, ya que en Nueva Guinea no hay primates no humanos y los ‘monos’ a primera vista son una caricatura de los humanos, esto muestra que existen límites de elasticidad de los lexemas y asimismo de límites en la capacidad de los sistemas para abarcar e integrar determinados elementos imprevisibles.

4) Fronterización. Una teoría del significado debe poder dar cuenta de cómo un signo se delimita actual y potencialmente frente a otros. El significado de las palabras se translapa con el de otras palabras, pero toda palabra necesariamente necesita tener unos límites o fronteras aunque estos sean en ciertas zonas difusos. El lexema ‘abrir’ se translapa y a la vez se delimita lingüísticamente frente a otros como ‘romper’, ‘desabrochar’, ‘descorrer’, ‘cortar’, etc. La delimitación de **grado de fuerza y resultado** hace que se diga ‘el pollito empieza a *romper* el cascarón’ mejor que ‘*abrir* el cascarón’. Por otra parte, la propia dinámica del signo lo convierte en propenso a la extensión. Esta extensión, sin embargo, se da en dos tipos de terrenos: terrenos ontológicos vírgenes y terrenos ocupados por otros signos. A veces se oye a los niños construcciones del tipo ‘apaga el grifo’, ‘abre la luz’. Ya Guillaume (1927) observó a un niño que utilizaba el verbo ‘abrir’ para *pelar* la fruta, *desatar* sus zapatos, junto a otros usos canónicos como ‘abrir una caja, una puerta, etc.’ Al hacerlo así, está respondiendo a su capacidad lingüístico-cognitiva de repetir, explorar y ampliar los usos designacionales de los lexemas. Sin embargo, los adultos, al corregirle, le rediseñan la estructura signica (valores semánticos) y co-signica (colocaciones). Esto no detiene drásticamente los usos creativos de un signo; simplemente afina, coordina y hace más sutil el empleo de los lexemas. Como es sabido, en su expansión los signos crean entre sí no solamente zonas de confrontación sino también de coexistencia y solapación. La confrontación se puede dar en la forma de no pertinencia o de oposición semántica (no es pertinente decir ‘El sol se abrió’), mientras que hay oposición clara entre ‘abrió/destrozó la carta’, oposición insegura entre ‘abrió/rompió la carta’ y neutralización casi segura entre ‘abrió/rasgó la carta’.

5) Universalidad vs. particularidad. El diseño del signo está influido por factores múltiples. El signo es una realidad cognitivo-comunicacional que presenta un diseño peculiar que corresponde a su valor en el código o *langue* en el sentido saussureano. En cada lengua del mundo, teóricamente, podríamos encontrar una distribución totalmente diferente de los signos. Esto, sin embargo, no es así. Al estudiar, p.ej., el verbo ‘abrir’ en diferentes lenguas del mundo se ve que existen grandes coincidencias. De hecho, lo coincidente es mayor que lo no coincidente (en shona o wolof el signo aparece escindido por las mismas líneas de fractura que un análisis semántico de ‘abrir’ en español pone de manifiesto. Sólo en lakota y otras lenguas de diseño captancial-expresional radicalmente diferente se contemplan las actividades subsumibles bajo el signo ‘abrir’

en español desde una perspectiva lingüística alternativa). A pesar de los *contraejemplos* como el lakota, y otras lenguas amerindias, la relativa homogeneidad de la noción ‘abrir’ en muchas lenguas del mundo hace pensar que hay razones ontológicas y psicológicas para que esto sea así. Precisamente el estudio contrastivo-tipológico del diseño de los signos podrá darnos claves de los procesos generales que rigen o determinan los diseños lingüísticos (macro y microdiseños). Entre la palabra etiqueta, que designa una realidad universal y apriorística del modelo aristotélico, y el capricho absoluto del signo como un dibujo accidental y azaroso de Hjelmslev estará el punto medio de la verdad. Los datos empíricos nos dicen por ejemplo que hay tres planteamientos básicos para ‘abrir’ en las lenguas del mundo: a) **centralización y máxima convergencia**, como ocurre en las lenguas europeas y otras muchas lenguas del mundo; b) **dispersión media**, en lenguas como shona, wolof, etc; c) **descomposición máxima y detallismo extremo** en las secuencias de las acciones de ruptura, descomposición, separación, etc., tal como aparece en lakota.

6) Comodinismo y solapación. Se entiende por *comodinismo* la capacidad que tienen algunos signos para sustituir a otros. Así ‘componer’, ‘construir’, ‘pintar’ (un cuadro), ‘tejer’ (un jersey), etc., pueden ser sustituidos por el verbo genérico ‘hacer’. Esto se puede interpretar también como una relación troponímica en la que ‘componer’, ‘construir’, ‘tejer’, etc., son tropónimos del verbo ‘hacer’. El comodinismo tiene una ventaja para la ontogénesis del lenguaje ya que los niños con unos signos generales aprenden a comunicarse rápidamente. Así, un niño de dos años dice ‘hazlo patrás’ y el padre le corrige ‘no se dice hazlo sino échalo para atrás’. *Abrir* tiene relaciones tanto de fronteridad como de troponimia con otros signos próximos y a veces competidores, como *descubrir, romper, despejar, desplegar, levantar, separar, estrenar, empezar, dar comienzo, inaugurar, cavar, hender, sangrar, dividir, partir, cascar, ganzuar, agujerear, romper, destacar, desatancar, desabrochar, desabotonar, desempaquetar, desenrollar, extender, clarear, excitar*. Muchos de estos verbos mantienen una relación hipotáctica parcial con ‘abrir’, es decir, se solapan parcialmente con él. Se dice ‘perforar/abrir un túnel’, ‘desabrocharse/abrirse la camisa’, etc. La lengua española, por un principio económico, tiende a emplear verbos de sentido más general, aunque eventualmente, especialmente si hay peligro de ambigüedad, pueda emplear un verbo semánticamente más concreto. En algunos contextos ‘abrir’ se opone semánticamente a verbos con los que mantiene una relación de sustitución en otros contextos. Así, mientras que se puede decir igualmente ‘se abrió’ o ‘se rompió la cabeza’, hay oposición entre ‘abrió/rompió la carta’. Puede existir también oposición entre diversas acepciones de *abrir*; así ‘abrir un negocio, una tienda (establecer, inaugurar una empresa) y ‘abrir el negocio, la tienda’(hacerla de nuevo accesible a los clientes después de las horas de clausura).

7) Ambigüedad potencial. ‘Abrir’, al ser un signo polisémico, puede designar acciones diversas, por lo que aplicado a ciertas realidades podría resultar coyunturalmente ambiguo. ‘Abrir el pozo’ puede significar ‘perforar un pozo’ o también ‘levantar la tapa de un pozo’. ‘Abrir’, al ser un signo genérico y que hace referencia a muchos tipos de actividades y acciones, puede eventualmente resultar impreciso. ‘Abrió el cajón’ se puede visualizar mentalmente de muchas maneras. Igualmente ‘le abrió el corazón’, ‘abrió la cama’, ‘abrió la puerta’ (sólo un poco o de par en par), etc. Con todo, el potencial de ambigüedad de *abrir* nunca es tan incómodo como para motivar una sustitución de ‘abrir’ por signos más explícitos. De igual manera, ‘poner’ es potencialmente ambiguo en ‘poner la mesa’ (poner el mantel, los cubiertos, etc. y quizá poner en ellas la comida y llevar la mesa a un sitio), pero raramente se dan contextos en que tal frase pueda resultar ambigua.

8) Respaldo desambiguador. El respaldo sintagmático-discursivo es lo que permite a los signos ser polisémicos (algunos en alto grado) y sin embargo no resultar ambiguos en la comunicación. Así, p.ej., ‘correr’ designa distintos tipos de movimiento de hombres, cuadrúpedos, ofidios, aves, según el medio (agua, tierra, aire) y el modo y también el movimiento de fenómenos naturales (viento, agua, tiempo), artefactos (motos, trenes), etc. Sin embargo, en la comunicación los signos suelen ir apoyados y respaldados por otros signos que funcionan como desambiguadores. El hecho es que decir ‘el caballo galopa’ y ‘el hombre corre’ informativa y económicamente puede resultar redundante e innecesario, puesto que la información que conlleva ‘el caballo corre’ es la misma que la de ‘el caballo galopa’. Esta seguridad en la apoyatura comunicacional ha permitido la coalescencia de los signos próximos y ha creado los signos de gran extensión semántica, tales como ‘ir’. Ciertas lenguas se caracterizan en su diseño porque no poseen estos lexemas generales (véase tlingit, shona, etc. § 3.5), o bien las que, además de tener signos que denotan eventos específicos, tienen al mismo tiempo suprasignos o lexemas generales que cubren todo el espacio de los signos más específicos.

9) Valores fuertes y valores débiles. Muchos verbos tienen usos fuertes junto a usos más débiles. El verbo ‘echar’ tiene usos fuertes como ‘echar a alguien de casa’ y usos débiles como ‘echar una película’. Una idea se puede expresar mediante un lexema o una conjunción de lexemas: en español se dice ‘hacer autostop’, en francés *faire de l’auto stop* mientras que en inglés esta idea se expresa directamente con el verbo *to hitchhike*. En italiano se dice *fare la doccia* mientras que en español existe el verbo ‘ ducharse’. En muchos casos se admite la doble posibilidad: *encuestar, hacer encuestas; empujar, dar empujones*. Los usos y valores semánticamente débiles se explican como expansiones metafóricas de los usos fuertes. La posibilidad múltiple de decir: ¿Qué película *ponen/ echan/ dan/ proyectan* hoy en el cine Capitol? Esto evidencia que el verbo es un mero

dinamizador de ‘película’. Al no existir el verbo **pelicular*, esta idea se expresa mediante un procedimiento sintagmático. Los usos débiles de los verbos hacen referencia a actividades o sucesos concretos relacionados con una entidad determinada que es la que aporta la máxima información. Muchas construcciones de algunos verbos se deben a usos como verbalizadores u operadores: *abrir fuego* (disparar). La idea general radica en que la lengua, al crear nuevas designaciones, encuentra más fácil utilizar una conjunción de un nombre más un verbo con la misión de aportar un carácter verbal al conjunto. La selección de los verbos no es arbitraria, pero el verbo así usado se desemantiza en mayor o menor grado. Resulta difícil en casos como ‘abrir una consulta’, ‘abrir paso’, ‘abrirse camino en la vida’, ‘abrir crédito’, ‘abrir fuego’, etc., determinar cuánto hay del valor original pleno de ‘abrir’ y cuánto de simple elemento verbalizador.

10) Conexionismo semántico. Un verbo como ‘abrir’ cubre y subsume simbólicamente una gran cantidad de realidades, acciones y procesos que son entre sí muy diferentes pero que, a la vez, están ligados por una red de conexiones semánticas, de tal manera que, aunque dos realidades no tengan ninguna vinculación directa entre sí, sí están vinculadas a otras que entre sí mantienen una conexión ontológico-semántica. Una de las dificultades de la semántica es precisar la naturaleza de estas conexiones, ya que son muchas y de naturaleza muy distinta. Algunas conexiones son de naturaleza cinético-perceptiva. Así, p.ej., entre ‘abrir un eslabón’, ‘abrir el correo’, ‘abrir el anzuelo’ (agrandarlo), existe una conexión cinética en la cual una realidad cerrada o se corta y amplía o se separa en algunas partes. De este significado de ‘abrir’ es fácil establecer la conexión con ‘abrir las vocales’, acción que consiste en pronunciarlas con los órganos de articulación más abiertos, separados. Más lejana estaría su posible conexión con ‘abrirse las venas’, aunque el tubo de la vena se puede rajarse y separar. A partir de este último valor sería muy difícil o imposible establecer una conexión nocional directa con, por ejemplo, ‘abrir un negocio’. Todo signo en cualquier lengua cubre una zona más o menos amplia de la realidad gracias a las expansiones polisémicas. El hablante es sólo parcialmente consciente a veces de la conexión existente entre los puntos más alejados de dicha expansión. Al utilizar el mismo signo para diversas actividades supone simplemente que son iguales. Para el uso del lenguaje no es necesario una comprensión de su diseño interno y su funcionamiento.

11) Elaboración gradual de los conceptos. ‘Abrir’ representa multitud de realidades que se aprenden a lo largo de la vida sólo con la experiencia: ‘abrir el capó’, ‘abrir el depósito de gasolina’, etc. Estos usos de *abrir* son periféricos y no afectan a los valores centrales de *abrir*. Muchos términos de nuestra civilización entran dentro de un aprendizaje gradual. La noción expresada por la palabra ‘sistema’ es p.ej. una noción teórica compleja que se aplica a realidades tan diferentes como átomos, moléculas,

células, organismos diversos, entre ellos el ser humano, la sociedad humana, los humanos y su entorno medioambiental, el sistema solar, las galaxias, etc. (además de valores más cotidianos como el que aparece en ‘¿qué *sistema* (truco, argucia) utilizas tú para que no te regañen?’). Así pues el término ‘sistema’ contiene desde acepciones relativamente simples que dominan y manejan todos los hablantes (c.f. ‘yo tengo mi sistema para ganar a las cartas’) hasta valores mucho más sofisticados. Comprender bien un concepto teórico en profundidad exige multitud de conocimientos particulares y especializados. Lo mismo ocurre con otras nociones teóricas como *función*, *patrón*, *estructura*, *ergonomía* y multitud de otros términos-conceptos usados en las distintas disciplinas del saber. De igual manera a lo largo de una vida se van completando conceptos complejos como *justicia*, *verdad*, *derechos*. Esta elaboración gradual de los conceptos es normal en la adquisición del léxico. Umberto Eco (1999: 150 et pass.) ofrece un ejemplo didáctico de cómo se elaboran los conceptos desde una noción aproximada y vaga hasta una construcción mental detallada y llena de matices. Eco, de forma imaginaria, reconstruye mentalmente cómo debió Moctezuma ir elaborando paso a paso su concepto ‘caballo’, desde la idea original de ‘ciervo grande’ que le transmitieron inicialmente hasta la acumulación de datos evidenciados o narrados por otros sobre cómo huelen los caballos, qué comen, si son o no mortales, etc.

3.4.6) Significado ontológico-cognitivo vs. significado formulacional.

Entre las muchas distinciones necesarias para comprender el funcionamiento del lenguaje y de los lexemas está la de significado óntico opuesto a significado formulacional. El significado *lexémico* consta a veces de un significado *formulacional* o composicional (morfológico o sintáctico) y de un significado basado en el conjunto de referencias asociadas con el lexema (ontológico-semántico). Las lenguas poseen mecanismos internos para producir designaciones tales como la inversión negativa (*incapaz*, *des-esperar*), la derivación (*flotar* → *flotador*), la topologización (*trans-portar*, **circun-presionar*), etc. El significado *formulacional* corresponde a una fórmula automática que combina o desarrolla nociones o ideas según procedimientos lexicogénicos y sintáctico-semánticos productivos. Las lenguas pueden crear nuevas palabras que sin tener un significado referencial transmiten sin embargo una idea general. Los significados *lexémicos* a menudo tienen su origen en significados *formulacionales* que se han ido llenando de imágenes y contenidos ónticos mediante la referenciación. Así ‘inválido’ tiene inicialmente el significado *formulacional* de ‘no válido’, pero al tener referentes concretos se llena de imágenes que son los diversos tipos de inválidos que pueden verse. De esta manera se pasa de ideas vagas a ideaciones plenas y muy descriptivas. Gracias al doble significado de los lexemas estos tienen una doble capacidad de asociaciones. ‘Inválido’ por su forma y su estructura *formulacional* se asocia a *validez*, *valido*, *valer*, etc., mientras que por su significado óntico se asocia a tullidos, enfermos, hospitales, etc.

Un **significado formulacional** puede existir pero no tiene como tal un dominio referencial que le sea propio (piénsese p.ej qué sugiere semánticamente términos como un *colocador*, un *caedor*, un *avanzador*, un *cubridor* (otros existen en el diccionario pero son desconocidos como *bajador*, *subidor*, *metedor*), frente a términos que sí tienen referencialidad como *elevador*, *calzador*, *encendedor*, *quemador*, *aspirador*). La mente obtiene el sentido de un significado formulacional no remitiendo a realidades concretas conocidas sino mediante un procedimiento de adición o transformación semántica regular. Piénsese por ejemplo en los siguientes significados:

*un *aplastado- un *aplastante, un *aplastador*
*un cortado- un *cortante, un cortador*
*un impresor- un impreso, un *imprimible*

Todas las lenguas permiten crear construcciones que expresan en principio un significado formulacional, es decir, sugieren una idea o noción vaga, pero no remiten directamente a referentes específicos. En español se pueden crear productos formales que sugieren una idea general pero que carecen de algo tan necesario para un lexema como es tener un dominio semántico propio. Estos dominios son proyecciones específicas de un signo sobre parcelas de la realidad según una suma de operaciones discursivas. Supongamos que se crea la palabra *translocacionar* (transcolocar), cualquier hablante puede obtener una idea de lo que significa este verbo mediante la suma de la base verbal *locacionar* y del prefijo *trans-* (no siempre ocurre así puesto que la suma matemática de nociones a veces no da ni siquiera una noción ideacional clara; inténtese, p.ej., averiguar qué significaría *transpintar*). En el caso de *translocacionar* el hablante tiene una idea de que algo o alguien cambia de sitio, pero no sabe si esto se hace con gente, con muebles, si el cambio es definitivo, si es una cosa por otra, si tiene connotación de acción positiva, negativa, neutras, (incluso este verbo tiene una sintaxis indeterminada por lo que ha de tomar su sintaxis de otros verbos afines como *reubicar*, *trasponer*, *trasladar*), etc. Para obtener una dimensión semántica del signo tendríamos que obtener una suma de contextos que nos permitieran fijar y circunscribir su significado, es decir, el lexema entonces al conectarse con diversos ámbitos de la realidad adquiriría gradualmente un perfil semántico y sintáctico bien definido.

- He *translocacionado* los papeles.
- Estas fichas están *translocacionadas*.
- Es la época de la *translocación* anual de las aves en Doñana.
- He *translocado* mi residencia a California.

La suma de muchos usos y contextos permitiría finalmente determinar el ámbito semántico del lexema. Mientras tanto un lexema de diseño, es decir, construido

artificialmente carece de verdadera entidad lingüística. Resulta interesante comprobar que el aprendizaje del vocabulario culto se hace de una manera gradual y paulatina conforme el hablante aprende los posibles empleos del lexema.

Existen lexemas sin significado formulacional que son todos aquellos que son inanalizables y que no se pueden asociar a los significados de otras palabras. Etimológicamente casi todos los lexemas tienen un origen formulacional pero la motivación interna que explica su origen puede haberse perdido por el desgaste fonético o por la desaparición de los términos relacionados. Así 'cebada' es un término opaco aunque en su origen está relacionado con el término latino '*cibus*' (alimento, comida) y con '*cibo*' (cebar, dar de comer). Con todo, en las lenguas existen abundantes términos que cumplen la doble condición de tener un significado formulacional y un significado lexémico aunque en ciertas lenguas son más transparentes que en otras. Así, p.ej., *abrebocados* tiene el significado formulacional de 'algo que abre bocados o agujeros'. Como tal, este significado es impreciso y se podría aplicar a muchos objetos e instrumentos, pero el término se ha especializado además en una herramienta de talabartero. Las lenguas en las que los significados lexémicos mayoritariamente son también formulacionales son lenguas *transparentes*, en el sentido de que junto a la referencia exterior que aporta una imagen o idea existe también una segunda información en la que se explica o parafrasea el sentido del término

La capacidad de las lenguas para formar nuevas palabras es diferente en cada una de ellas. Hay lenguas con mecanismos lexicogénicos muy productivos que pueden crear más términos de los que realmente necesitan, por lo cual se crea a veces un exceso de denominaciones (*copia nominum*) (§ 6.2.5). Las lenguas con gran capacidad productiva lexicogénica, como p.ej. el árabe o el mongol, y también en aspectos parciales el latín o el alemán, pueden llegar a tener un problema de exceso de abundancia, ya que emiten productos formales (términos) para los que no se encuentra fácilmente una aplicación en la realidad y si lo hacen resultan ser sólo sinónimos de otros términos ya establecidos.

3.4.7) El problema de la fidelidad representacional en la relación lenguaje-cosas.

La relación entre las cosas y el lenguaje ha preocupado a los filósofos desde la antigüedad. Algunas corrientes de la semántica han estudiado en esta línea la verdad de las proposiciones formuladas en un lenguaje natural. El conocimiento de las mecánicas generales de creación de signos lingüísticos gracias a la teoría de prototipos, teoría de la Gestalt, etc. así como los estudios translingüísticos que muestran cómo la misma realidad puede ser reportada de distintas maneras nos permite plantear el problema de la relación entre las cosas y el lenguaje desde una nueva perspectiva. La realidad es

múltiple, ilimitada y el lenguaje es discreto y limitado. El acto lingüístico y la existencia de códigos lingüísticos implican unas operaciones drásticas de reducción y simplificación de la realidad para que se pueda hablar sobre esta realidad. La realidad es filtrada y simplificada a través de unas formas simbólicas que son los lexemas y las estructuras sintácticas. El número de estos lexemas y de estas estructuras es muy reducido en relación con la enorme variedad de fenómenos de la realidad de los que el lenguaje da cuenta. Los lexemas y las estructuras sintácticas son como trajes *prêt a porter* con los que se visten los *realia*. Al no haber un número infinito de tallas que pudieran encajar a la perfección en los *realia* que se pretende ‘vestir’ el resultado inevitable es que en algunas ocasiones el acto de designación o de proposición resultará más ajustado a la realidad y en otras habrá más distancia entre el acto de habla y la realidad. En cualquier caso es inevitable que el lenguaje sobreimponga distorsiones mayores o menores a la realidad.

Se puede plantear qué **relación de veracidad** existe entre los constructos mentales basados en el lenguaje y los segmentos de realidad que reportan o expresan. Este problema se puede enfocar desde distintas perspectivas:

1) **Simbólicamente**. Entre la palabra que lo designa y el *realia* designado existe una relación simbólica. Esta relación se calibra mediante el patrón prototípico dado que la palabra tiende a sugerir en la mente del hablante la imagen prototípica. En tanto en cuanto el *realia* se sitúa más hacia el centro del prototipo, más fidedigna será la relación. Por el contrario, cuanto más alejado esté del centro del prototipo menos veraz será la relación. Un enunciado como ‘te voy a llevar a mi cortijo/, apartamento/ cabaña/, choza’ puede resultar decepcionante o por el contrario sorprendente (en cualquier caso engañosa) para aquella persona que se hubiera formado una imagen de acuerdo con lo que estos lexemas sugieren y luego encontrara una realidad muy diferente a la esperada. Así p.ej. podría pensar en un ‘cortijo’ típico, con gran extensión de terreno, quizá con caballos, y luego encontrarse con una modesta casa de campo. La distancia del *realia* al centro prototípico del signo es por tanto el primer criterio a considerar. El segundo criterio viene marcado por la disponibilidad léxica en un dominio ontológico determinado y la **extensión** de cada lexema. En inglés una frase como *You will travel in a boat*, es menos informativa que cualquiera de las correspondientes españolas, ya que *boat* se traduce en español por términos como ‘barco’, ‘bote’, ‘barca’ que informan mucho más nítidamente sobre el tamaño y características del medio de navegación.

2) **Deconstruccionalmente**. Un *realia* es simbolizado lingüísticamente mediante unas operaciones de deconstrucción ontológicas. Estas deconstrucciones corresponden, *grosso modo*, a lo que luego se reconstruye como **sintagma nominal** y **sintagma verbal** y como núcleo nominal y modificadores (básicamente nombre y adjetivo) y núcleo verbal y

modificadores (verbo más adverbios y algunos complementos). Tanto si se toma como punto inicial un ente, un evento o una cualidad, estos quedan desnudados, en mayor o menor medida, de determinados rasgos, características, participantes, implicados, etc. En español, la mayoría de los nombres tales como ‘zapatos’, ‘camisa’, ‘mesas’, etc. no sugieren un color determinado y su tamaño es sólo previsible dentro de unos márgenes, es decir, no se piensa normalmente en un zapato que mida un metro de largo. Los verbos quedan desnudados de agentes concretos y más o menos ligados a los objetos que afectan. Algunos signos verbales son más genéricos ya que abarcan un mayor tipo de actividades; así ‘*lavar* pelo, manos, cabeza, ropa, coche’. Otros son más específicos: *afeitarse* no necesita complemento porque lleva uno inserto. ‘Afeitarse’ significa, si no se especifica lo contrario, rasurarse la barba y el bigote. También puede uno afeitarse la cabeza o las piernas. Existen otras acepciones. Así p.ej. a los toros se les ‘afeitan’ los cuernos, etc. Según esto los lexemas más veraces son aquellos de mayor intensidad semántica, es decir, aquellos que representan entes o eventos de manera más nítida y específica. En las lenguas del mundo existen marcadas diferencias entre lenguas que presentan un vocabulario mayoritariamente específico y detallista y otras lenguas cuyo vocabulario se compone mayoritariamente de términos genéricos o poco detallistas.

3) **Proposicionalmente.** Los constructos mentales utilizan fórmulas estandarizadas mediante las cuales dan cuenta de multitud de realidades. La fórmula sintáctica agentividad- pacientividad parece que es una fórmula adecuada y fiel al reportar hechos como ‘El león mató a la cebra’. Sin embargo, parece que son mucho menos afortunadas al reportar otros hechos como ‘La luz iluminó el callejón’ (es un tipo de agentividad anómala dado que el supuesto agente no trasmite o impulsa otra cosa sino a sí mismo sobre el entorno). Se puede objetar que la forma aquí no tiene ninguna importancia ya que nadie se engaña sobre cómo es en realidad el fenómeno de la luz iluminando un lugar. Sin embargo, se puede afirmar que lenguas como las europeas visualizan el mundo prestando una importancia desmesurada a la agentividad. Otras lenguas como p.ej. las amerindias suelen enfatizar más el suceder natural de los fenómenos y no la causación agentival. Por lo tanto, al evaluar un enunciado siempre se puede plantear qué tanto por ciento de distorsión existe entre cómo son las cosas de la realidad y cómo las reporta el lenguaje. Asimismo, resulta cognitivamente interesante plantearse hasta qué punto el hablante se deja engañar por los patrones sintácticos mediante los cuales se realizan las reportaciones o expresiones en cada lengua. Probablemente, la persona que usa ‘El viento sopla fuerte hoy’ no conceptualice esta expresión como un dios que infla los carrillos y expulsa el aire, es decir, sabe sin duda, que es una masa de aire que se desplaza. En el caso de sociedades pre-científicas de las que hemos heredado esta construcción lingüística, la manera de expresar el hecho representaba la verdadera visión e interpretación de la realidad que tenían los hablantes. Incluso para los conocedores de

la naturaleza física de la luz, es inevitable una cierta distorsión provocada por el lenguaje. La ‘luz’ inconscientemente se piensa con algunas características de potencialidad y control como es la de ‘iluminar un recinto a la manera que un pintor cambia el color de una habitación’.

3.5) Distinción vs. obviación: búsqueda de tendencias generales en la lexicalización de distinciones.

Existen datos léxicos tipológicamente relevantes que pueden ayudar a comprender los mecanismos de conceptualización y las contantes de lexicalización. Así, p.ej., aquellos datos que ponen de manifiesto que una serie de lenguas utilizan una misma palabra allí donde otras lenguas utilizan dos. En inglés la palabra *ear* se corresponde con dos términos en español, lengua que distingue entre *oreja* y *oído*, lo mismo que en lakota se distingue entre *napka* (oído) y *noṅhwacoca* (oreja); igualmente en toaripi (lengua de Papúa) existen dos palabras: *kirori* que significa ‘oreja’ y *ōvauta* ‘oído’. Las partes del cuerpo, especialmente ‘mano’ y ‘brazo’, y ‘pierna’ y ‘pie’ muestran un panorama translingüístico tanto de distinción como de subsunción. Así, en futuna-aniwa (lengua de la Melanesia) el término *rīma* vale para ‘mano’ y ‘brazo’, mientras que *vae* sirve para ‘pierna’ y ‘pie’ (Capell, 1984: 157). En hawaiano, *lima* vale igualmente para ‘mano’ y ‘brazo’ (Puky y Elbert, 1971: 110), y lo mismo en niwe (lengua polinesia) el término *lima* es ‘brazo’ y ‘mano’ y *hui* es ‘pierna’ y ‘pie’ (aunque existe la palabra *vē* que es el término marcado, respetuoso, para ‘pie/pierna’ (Sperlich, 1997: 92); todo ello nos permite establecer un patrón para estas lenguas. Entre las lenguas indoeuropeas, lo general es la distinción, ya que lenguas que como el ruso no distinguen (*ruká*, ‘brazo, mano’ y *nogá* ‘pie/pierna’) pueden haber imitado a las lenguas uralo-altaicas a este respecto. En África o en América, no parece haber una clara preferencia entre la distinción o la subsunción (polisemia). Así, en hausa *kafà* es ‘pie’ y ‘pierna’ y *hannù* es ‘mano’ y ‘brazo’ (Taylor, 1959). En comanche, se distingue entre *puer* ‘brazo’ y *moo* ‘mano’ y entre *napé* ‘pie’ y *omo* ‘pierna’.

Hay lenguas con lexicones detallistas con marcada predilección por los matices, pero estas lenguas no carecen ni mucho menos de palabras genéricas, abstractas y, en muchos casos, polisémicas. En shona se distingue entre ‘ladrón’ (*munhu*) y el ‘ladrón cuando ha sido visto’ (*mbava*). En evenki (Nedialkov, 1997: 335) se distingue entre los miembros de los ‘animales voladores’ y ‘animales no voladores’. Así, *chomovo* ‘garra de un pájaro’ frente a *osi:kta* ‘garra de un animal’.

Los verbos constituyen espacios ontológicos más complejos objetivamente que los entes por lo que las distinciones aparecen de manera mucho más abundante en un contraste interlingüístico (Croft, 1991). Los lexemas verbales plantean un problema

diferente en cuanto su materia prima, es decir, los *realia* que cubren, pueden ser captados resaltando multitud de aspectos y matices tales como su dinámica procesual, sus participantes e implicados, su ubicación en el espacio, su intensidad o cualquier otro parámetro configuracional. Así, p.ej., el *realia* dinámico ‘soplar’ es una acción que puede enfocarse y positivarse (lexicalizarse) de tal manera que se resalte más la dinámica o se resalte más algún otro implicado ontológico como el sitio por donde se sopla. Así, el español distingue entre el ‘echar aire por la boca’ (también por la nariz) y el ‘echar aire por el ano’. Otras lenguas distinguen, por el contrario, el ‘soplar por la boca’ del ‘soplar por la nariz’, como p.ej. el tlingit: *dinaal* ‘soplar a través de la nariz’ (Story y Naish, 1973: 32). Otras lenguas parten de una idea general de ‘soplar’ que concretan con el órgano implicado. La lengua lillooet (van Eijk, 1997) posee una serie de **sufijos somáticos** que se combinan con raíces verbales para expresar acciones que indican la realización de una actividad sobre una parte del cuerpo.

En general las lenguas indígenas tienden a lexicalizar los verbos con una precisión y detallismo mayor que lo hacen las lenguas europeas. Así en evenki (Nedialkov, 1997: 335) existen los siguientes verbos para ‘cortar’:

<i>kaitcha-/kaikcha-</i>	‘cortar con tijeras’
<i>hog(d’a)-, hogni(d’a)-</i>	‘cortar con un hacha’
<i>mi:-, mine-, melege-, melepte-, sir(d’e)</i>	‘cortar con cuchillo’

Sin embargo una lengua europea como es el ruso distingue también entre: *rezat’*, *rubit’*, *strich’*, *pilit’*, etc. *Cortar*, por tanto, se ha de traducir al ruso dependiendo del instrumento con el que se ejecuta la acción de cortar: *rezat’* es ‘cortar con cuchillo’, *rubit’* ‘cortar con hacha’, *strich’* ‘cortar con tijeras’, *pilit’* ‘cortar con una sierra’. Para ‘cortar’ existen en inglés numerosos términos: *snip* ‘corte pequeño hecho con las tijeras, cortar’, *slit* ‘rajar’, *gash* ‘hacerse un corte’ (p.ej. *He gashed his knee*), *slash* ‘corte largo y estrecho, acuchillar’, *slice* ‘cortar en rodajas’, *shred* ‘cortar en tiras o fibras finas’, etc. pero todos estos términos son tropónimos de *cut*, por lo que se afirma que en inglés, a diferencia del ruso o del evenki, sí hay una noción general de ‘cortar’.

Resulta de gran interés realizar una simple comprobación sobre en qué tipos de verbos y en qué tipo de lenguas aparecen de manera más abundante y rica los contrastes de lexicalización verbal. Un simple muestreo indica que verbos como *llevar*, *andar*, *nadar*, *lavar*, *comer*, *arrancar*, *sentarse*, *atar*, *pegar*, *cambiar*, *meter*, *poner*, *coger*, *lanzar*, *romper*, *pasar*, *sacar*, *tirar*, *caer*, *verter*, *ver*, etc. La mayor riqueza en el contraste se obtiene cuando los verbos europeos son semánticamente muy generales pero también cuando las actividades o acciones designadas son relevantes según las zonas geográficas y según el tipo de vida y la economía de los hablantes de la lengua. Así un

conjunto amplio de verbos para ‘nadar’ sólo es posible en pueblos costeros de economía directamente vinculada con el mar. En las lenguas de Norteamérica, Mesoamérica, Sudamérica, África, Australia o Nueva Guinea es fácil encontrar ejemplos como los siguientes:

Verbos para ‘poner encima’ en chontal (Suárez, 1983: 90):

<i>k^lommof</i>	‘poner encima de la cabeza’
<i>dep^lφ^li</i>	‘poner encima un estante’
<i>betsu</i>	‘poner encima del pelo’

Verbos para ‘romper’ en mixe de Totontepec (Suárez, 1983: 90):

<i>k^lits</i>	‘romper la ropa’
<i>kets</i>	‘romper la piedra para moler’
<i>pu^lu</i>	‘romper la piedra’
<i>pθt</i>	‘romper el tronco’
<i>t^lh</i>	‘romper la rama’

Verbos para ‘cortar’ en mixe de Totontepec (Suárez, 1983: 90):

<i>tuk</i>	‘cortar los dedos’
<i>m^lits</i>	‘cortar la mano’
<i>tsuk</i>	‘cortar con cuchillo’
<i>pu^lʃ</i>	‘cortar con machete’
<i>ke^lp</i>	‘cortar con tijeras’

Verbos para ‘llevar’ en la lengua tzeltal de México (Fray Domingo de Ara, 1986; Robles Uribe, 1962):

<i>jelup’in</i>	‘llevar sobre los hombros’
<i>nol</i>	‘llevar en la palma de la mano’
<i>chup</i>	‘llevar en un bolsillo o en una bolsita’
<i>chuy</i>	‘llevar en una bolsa’
<i>lats’</i>	‘llevar bajo el brazo’
<i>pach</i>	‘llevar sobre la cabeza’
<i>toy</i>	‘llevar en alto’
<i>yom</i>	‘llevar varias cosas a la vez’
<i>lut’</i>	‘llevar con tenazas’
<i>pet</i>	‘llevar en brazos’

<i>cats'</i>	'llevar entre los dientes'
<i>lup</i>	'llevar con la cuchara'
<i>lat'</i>	'llevar en un contenedor'
<i>cuch</i>	'llevar a la espalda'

Verbos para 'nadar' en la lengua tlingit de Alaska (Larson, 1984):

<i>di-taach</i>	'nadar un ser humano'
<i>ya-x'aak</i>	'un pez grande o un mamífero nadando bajo el agua'
<i>ya-heen</i>	'un banco de peces nadando bajo el agua'
<i>ya-hoo</i>	'un animal o ser humano nadando sobre la superficie del agua'
<i>ji-di-hoo</i>	'un animal o ser humano nadando sobre la superficie sin rumbo, dando vueltas'
<i>sojpp</i>	'nadar un pájaro sobre la superficie'
<i>ya-dzi-aa</i>	'pájaro o pez nadando bajo el agua con la cabeza fuera'
<i>dli-tsees</i>	'algo que nada rápido y con energía, especialmente un mamífero'
<i>ya-ga-goo</i>	'marsopas nadando en un banco'

Verbos para 'comer' en quechua (Calvo Pérez, 1995:14):

<i>mikhuy</i>	'comer (en general)'
<i>ch'aphkchay</i>	'comer con ruido, picotear'
<i>ch'unqay</i>	'chupar, comer disolviendo'
<i>hakuy</i>	'comer cosas molidas'
<i>khachuy</i>	'comer mordiendo (frutas)'
<i>khastuy</i>	'comer regurgitando, rumiar'
<i>kumrututuy</i>	'comer algo duro (en grano)'
<i>k'utuy</i>	'comer partiendo (cosas duras)'
<i>lapt'ay</i>	'engullir (como perro)'
<i>luqluy</i>	'comer apurado, sorber líquido'
<i>llaqway/llunk'uy</i>	'comer lamiendo'
<i>ñawñay</i>	'comer despacio'
<i>paqpay</i>	'comer azúcar'
<i>raqray</i>	'comer aprisa, devorar'

El shona es una lengua especialmente sorprendente por su 'retrato fino' de los eventos y de la realidad. En esta lengua existen gran cantidad de distinciones que desde nuestra óptica europea parecen sorprendentes. Así, por citar más ejemplos, se distingue entre un 'romper' general (*dimbura*), un 'romper dejando caer algo' (*punza*), un 'romper los huesos' (*hlorá*), 'romper un hueso causando una fractura múltiple' (*putitsa*), 'romper

cosas blandas como flores, hilos' (*dadzura*), etc. En cuanto a la acción de 'llevar', distingue entre *senga* 'llevar en los brazos', *bereka* 'llevar sobre la espalda', *dzedzeta* 'llevar con ambas manos', *pikatira* 'llevar sobre el hombro', etc. El shona también distingue entre *chinjika* 'cruzar los brazos' y *tunhikidza* 'cruzar las piernas'; entre *dimbura* 'cortar parcialmente un miembro' y *panzabura* 'cortar un miembro por completo'; entre *zwimbirwa* 'comer con avidez, sintiéndose mal posteriormente', *tsanya* 'comer poco', *tsafuna* 'comer con la boca abierta', *katsa* 'comer sin gusto', *fukuta* 'comer cosas como gorgojos'; entre *mamvere* 'vello corporal', *ukuse* 'pelo de animal', *bvudzi* 'pelo de la cabeza', *manhenga* 'cabello largo y brillante', *imvi* 'pelo canoso'; *baya* 'golpear con una bala', *pakata* 'golpear con una espada', *ponda* 'golpear con un palo', *kandira* 'golpear con una piedra'; *wonisisa* 'mirar bien', *bzwokora* 'mirar con reprobación', *bzondorerai* 'mirar con sorpresa'; *voshoka* 'hablar descuidadamente, sin sentido', *serera ndi* 'hablar quejándose', *rewera* 'hablar a favor de algo o alguien', *tawurisa* 'hablar en voz alta, hablar demasiado', *popotesa* 'hablar demasiado alto, decir tonterías (cuando se está enfadado, borracho, etc.)' (St Augustine's Mission, 1911).

Con todo, en muchas lenguas de África es normal encontrar el mismo detallismo y retrato pormenorizado que se halla en shona. Véanse los siguientes ejemplos en la lengua wolof:

Verbos para 'tirar' y 'sacar':

<i>khétche, niodi</i>	'tirar con fuerza de p.ej. cuerda, de un sedal los pescadores, etc.'
<i>diri, watate</i>	'tirar arrastrando por el suelo'
<i>bouthiette</i>	'tirar, sacar alguna cosa bruscamente, como cuando se sacan las tripas de un pollo'
<i>diouki, ropi</i>	'sacar, tirar de alguna cosa que está metida en un agujero'
<i>gokhi</i>	'sacar alguna cosa de la garganta'
<i>ndiamlou</i>	'tirar de la red cuando el pescado está dentro'
<i>rôte, douye</i>	'sacar del agua'
<i>mankhe, torome</i>	'sacar un líquido por medio de un sifón'
<i>wat</i>	'retirar frutas etc de un árbol hacia arriba'
<i>ngabâ, keufitte</i>	'tirar de algo hacia sí para cogerlo'
<i>séki</i>	'sacarse una espina del pie'
<i>dierignou</i>	'sacar provecho de alguna cosa'

Verbos para 'volver':

<i>dike</i>	'volver'
<i>diketi</i>	'volver de nuevo'

<i>newati</i>	‘volver de nuevo, en la época de las lluvias; emigración interior’(viene de Newēt, que la época de las lluvias, es la época de cultivar, echar la semilla; en la época seca se recoge la cosecha)
<i>délousi</i>	‘volver al lugar de donde se ha partido’
<i>nybisi</i>	‘volver a su patria, a su país, a su casa’
<i>timbi</i>	‘volver un cuerpo a la superficie del agua, una pelota, un ahogado’
<i>noutett</i>	‘vuelta brusca a la superficie del agua’
<i>wognékou</i>	‘volver sobre sus pasos, volverse antes de llegar al sitio que se pretendía’
<i>khimi</i>	‘volver en sí después de un desvanecimiento, despertarse’ (en África el sueño es como la muerte y despertar es como una resurrección)
<i>vakhati</i>	‘volver a lo que ya se ha dicho, volver a repetir lo dicho’
<i>dongati</i>	‘volver a la carga, a la lucha, al combate’

Verbos para ‘pasar’:

<i>diar</i>	‘pasar de vuelta, para ver a alguien , pasando por su casa’
<i>rombe</i>	‘pasar detrás, pasar de largo’
<i>tégui</i>	‘pasar de lado sin pararse, la intención de no detenerse es más clara’
<i>vésou</i>	‘pasar más allá, sobrepasar, adelantar, pasar de un lugar inadvertidamente, p.ej. de la casa de un amigo’
<i>porekhlou</i>	‘pasar por una abertura estrecha’
<i>bouroukhlou</i>	‘pasar bajo alguna cosa baja y estrecha’
<i>vèye</i>	‘pasar sin pararse y sin volverse, como <i>vésou</i> ’
<i>diégui</i>	‘pasar, andar, dando grandes pasos, dando zancadas para evitar charcos etc.’
<i>diale</i>	‘pasar un arroyo, con piragua, con el ferry, etc’
<i>khouÿsse</i>	‘pasar, atravesar un arroyo a pie’
<i>awalé</i>	‘pasar de mano en mano, dar de mano a mano’
<i>fandé</i>	‘pasar una noche sin cenar, por no tener comida’
<i>yendou</i>	‘pasar el día en un sitio, casa etc.’
<i>fanâne</i>	‘pasar la noche, dormir en la casa de alguien’
<i>dégnié</i>	‘pasar un día sin comer’, por su orgullo alguien que se siente ofendido se queda sin comer
<i>ségué</i>	‘pasar un líquido, filtrar, p.ej. el aceite por un colador’

3.5.1) Distinción obligatoria vs. distinción opcional en el uso de lexemas.

Las lenguas determinan la información mínima que los hablantes han de dar en sus intercambios comunicacionales. Según Whorf (1956:213-4) concedemos importancia,

a veces obligatoria, a una parte de lo que ‘cortamos’ de la naturaleza según los patrones en que codifica nuestra lengua materna. Boas resaltó el aspecto obligatorio de la información comunicativa indicando que para decir ‘el hombre está enfermo’ el esquimal simplemente expresa dos conceptos ‘hombre’ y ‘enfermo’, mientras que otras lenguas obligatoriamente han de especificar una multitud de detalles y pormenores relativos a tiempo, locación, visibilidad, definición, etc. (§ 12.2.2)

El que una lengua muestre mayor riqueza y precisión en determinados ámbitos o dominios ontológicos resulta sólo sorprendente para un hablante en cuya lengua no exista tal distinción. En los siguientes ejemplos, tomados del keley-i (lengua austronesia de la familia kallahan de Filipinas) y del bukidnon manobo occidental (lengua austronesia de la familia manobo de Filipinas), se presentan listas de acciones matizadas en relación a las circunstancias y a los agentes implicados que contrastan fuertemente con las lenguas europeas (Hohulin, 1986:44-45):

Verbos para ‘aplastar’ en keley-i:

<i>let-ik</i>	‘aplastar entre las uñas’
<i>pedit</i>	‘aplastar con los dedos o con el pie’
<i>kupikup</i>	‘aplastar con las manos’
<i>gudu</i>	‘aplastar algo seco hasta convertirlo en trozos o polvo con los dedos’
<i>bugayi</i>	‘aplastar algo hasta convertirlo en trozos pequeños o polvo con las manos, pies u otro instrumento’
<i>ubud</i>	‘aplastar cualquier tipo de semilla hasta convertirla en polvo con algún instrumento’
<i>teptep</i>	‘aplastar algo con una piedra u objeto pesado’
<i>gemik</i>	‘aplastar una cáscara’
<i>ledih</i>	‘machacar la pimienta o la fruta hasta producir jugo con algún instrumento’
<i>pitpit</i>	‘aplastar una lata completamente con los pies o con un instrumento’
<i>pitul</i>	‘aplastar una lata o un contenedor de plástico parcialmente con los pies o con un instrumento’

Verbos para ‘mirar’ en bukidnon manobo occidental:

<i>aha</i>	‘mirar algo’ (genérico, hiperónimo)
<i>pantew</i>	‘mirar hacia abajo algo a distancia’
<i>dungul</i>	‘mirar hacia abajo a algo cercano’
<i>lingaha</i>	‘mirar hacia arriba a algo’
<i>ligu</i>	‘mirar hacia atrás por encima del hombro’
<i>sulew</i>	‘mirar fuera a través de una ventana o de una abertura grande’

<i>siniling</i>	‘mirar a través de un pequeño agujero o grieta’
<i>bantey</i>	‘mirar de pasada hacia donde se realiza una actividad’
<i>suri</i>	‘mirar intensamente hacia donde se realiza una actividad’
<i>surareng</i>	‘mirar a algo de vez en cuando’
<i>tengteng</i>	‘mirar a algo rápidamente’
<i>mehil</i>	‘mirar a algo cercano durante largo tiempo’

En uso por los hablantes de los verbos citados es crucial el hecho de que exista o no un término superordinado, es decir, un hiperónimo, que pueda aparecer también en todos los contextos en que aparecen los términos referidos. En el caso de los verbos de ‘mirar’, existe un superordinado *aha* ‘mirar a algo’, pero esto no ocurre en la lengua keley-i ya que no existe ningún término de la lengua que pueda expresar la idea general de ‘aplastar’. El estudio de la carencia de términos superordinados tiene trascendencia según algunos tratadistas en la adopción de una visión del mundo determinada. En un trabajo de Greenfield y Bruner (1966) en el que se estudian algunas carencias de términos subordinados, p.ej., la inexistencia en wolof de un término para *color*, estos autores llegan a una conclusión que matiza y difiere a la vez de la concepción de Whorf sobre las correspondencias entre estructura lingüística y conceptual. Whorf, como es sabido, insistió en que la visión del mundo está ligada a la riqueza o pobreza del vocabulario en determinados dominios. Greenfield y Bruner, por el contrario, insisten en que no es la riqueza ‘plana’ del vocabulario sino su estructuración jerárquica lo que tiene relevancia conceptual e intelectualmente.

La lengua wolof es, como muchas otras lenguas africanas, extremadamente rica en verbos que expresan acciones específicas y detalladas. Sin embargo, para evaluar el funcionamiento hiponímico-hiperonímico de su léxico, no siempre se puede aplicar el anterior modelo (Hohulin, 1986; Greenfield y Bruner 1966) que diferencia tajantemente entre la existencia de un hiperónimo o bien la no existencia de hiperónimo. En wolof, como en la mayoría de las lenguas, simplemente existen para algunas acciones un término que es más genérico y otros más específicos sin una clara subordinación como la que existe entre hiperónimos e hipónimos. Esta situación se constata en la vacilación en las repuestas de los informantes quienes muestran un claro rechazo a comprometerse a aceptar o rechazar que el verbo genérico se pueda usar en el contexto de un verbo específico. La idea parece ser que el verbo genérico es el que se usa cuando no existe un término ad hoc ya consagrado por el uso, es decir, algo así como una opción residual. El wolof en general tiene preferencia por usar los términos específicos cuando estos existen.

Verbos para ‘ver’ en wolof:

<i>guis</i>	‘ver’ genérico
<i>sène</i>	‘ver de lejos’
<i>sénou, tandalé,</i> <i>totalé</i>	‘ver de antemano, prever que será buen año de lluvias’
<i>khelmati</i>	‘ver un poco, con dificultad, por niebla, etc’
<i>séti</i>	‘ir a ver a alguien parra enterarse de algo’
<i>sétsi</i>	‘venir a ver, visitar’
<i>sétâne</i>	‘ver como espectador un espectáculo’
<i>sétâni</i>	‘ir a ver como espectador un espectáculo’
<i>valiâni</i>	‘ir a ver como espectador’ (en Senegal después de las cosechas se organizan las fiestas que se hacen con la luna llena, periodo de los amoríos)
<i>nir</i>	‘mirar con atención, para no equivocarse, o por no tener buena vista’
<i>setlou</i>	‘ver, mirar, examinar, probar’ (os videntes ven el futuro de alguien)
<i>guissé</i>	‘verse, tener una entrevista, consultarse entre dos personas’
<i>diakârlo</i>	‘confrontarse cara a cara, para discutir, etc’

Verbos para ‘caer’ en wolof:

<i>dânou</i>	‘caer’ genérico
<i>vadde, rôl</i>	‘caer como un fruto que cae de la rama’
<i>dioullatou</i>	‘dejar caer la cabeza’
<i>khavékou</i>	‘caer desde muy alto, caída lateral’
<i>mabe</i>	‘caer, desmoronarse, derrumbarse, p.ej. una casa vieja’
<i>tiapelou</i>	‘caer saltando’
<i>ni larêtte, ni latche</i>	‘caer al suelo a todo lo largo’
<i>ni serakh</i>	‘caer de repente en un agujero’
<i>souroukh</i>	‘caer accidentalmente en un agujero o abertura’
<i>ni fatt</i>	‘caer pesadamente’
<i>ni landiang</i>	‘caer desplegándose pesadamente’
<i>gouroup</i>	‘caer de rodillas’
<i>dalle</i>	‘caer sobre cualquier cosa, con choque’
<i>danel</i>	‘hacer caer cualquier cosa’
<i>nibip</i>	‘caer súbitamente’
<i>tokhe, tokhèl</i>	‘hacer caer gota a gota’
<i>sépresepi</i>	‘caer como el agua que gotea de un recipiente perforado’
<i>songue</i>	‘caer sobre una persona para vencerlo’

Verbos para ‘matar’ en wolof :

<i>réye, bêm</i>	‘matar hombres, animales; genérico’
<i>réndi</i>	‘degollar, sólo animales’
<i>fade</i>	‘matar de un solo golpe, como hace el león’
<i>diam</i>	‘matar con un fusil o con un arma blanca personas o animales’
<i>kharrou</i>	‘matarse, suicidarse’
<i>réyanté</i>	‘matarse mutuamente, hacer la guerra, guerrear’
<i>téniou</i>	‘matar sus piojos, plantando con los dedos’

Verbos para ‘separar’ en wolof:

<i>khadjalé, khadji</i>	‘separar’ (genérico)
<i>tagalé</i>	‘separar a dos personas o dos objetos, por ejemplo a dos luchadores deportivos’
<i>fassali</i>	‘separar a dos personas que se están peleando violentamente’
<i>tékhelé</i>	‘separar a dos personas que se están molestando, igual que <i>tagalé</i> ’
<i>berre, béralé</i>	‘separar y poner aparte’
<i>ranialé</i>	‘separar y distinguir’
<i>râdio, tassaro</i>	‘separarse, dispersarse, p.ej. el león cuando ataca una manada intenta dispersarla’
<i>tékhaliko</i>	‘separarse mutuamente, novios, esposos, con acuerdo mutuo’
<i>faye</i>	‘separación temporal entre esposos’ (en la religión musulmana la primera y segunda vez las separaciones se resuelven la tercera vez tiene que casarse con otro y luego separarse para volver de nuevo con el primer marido)

